

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**“Ideario y Semblanzas

Históricas en la Obra

de Orozco y Berra”**

TESIS QUE SUSTENTA
ALICIA HUERTA CASTAÑEDA
PARA OPTAR AL GRADO DE MAESTRA EN
HISTORIA UNIVERSAL



MEXICO

— 1962 —



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi Padre, cuyo espíritu
aún está presente en mí.*

*A mi madre, que ha sido fuerza y
aliento en mis estudios.*

*A don José C. Rodríguez como
ofrenda de cariño y gratitud.*

A maestros y amigos, con mi especial reconocimiento a la Dra. Josefina Vázquez de Knauth, sin cuyo afectuoso auxilio no hubiera podido dar fin a la jornada.

PRELIMINAR

PRELIMINAR

UN compromiso racial: descubrir al verdadero mexicano, una urgente necesidad: crear la nacionalidad, y la más cara ambición: rescatar la tradición histórica para entregarla como herencia y modelo, como imagen de patria, al pueblo que espera en su renacer ciudadano. Es esta la evangelización mesiánica del grupo de historiadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, al que pertenece Orozco y Berra.

Bajo el influjo de la ilustración europea y sobre los cauces del romanticismo, apoyaron la historia nacional como la disciplina más importante; y en ella buscaron el espíritu del pueblo, volcándose hacia el pasado. Encontraron en el inmediato, la colonia; y para superarla, se llegaron hasta los tiempos indígenas, redimiendo la cultura, la tradición, el principio.

Es la historia como el triunfo de la vida sobre la muerte. La fe en el futuro a expensas del pasado y del presente. La esperanza de que en un mañana se resuelva la crisis, la contradicción, se ensanche el horizonte.

Acercarnos a la obra de Orozco y Berra es arribar al primer intento de integración de los dos elementos, español e indígena, que formaron la nueva casta. Su obra, "es la obra de su siglo" (1) y en ella pretende enjuiciar con ecuanimidad los episodios críticos que relata.

En este pequeño trabajo he tratado de recapitular sus ideas e imágenes. Antes que nada, un intento de biografía para presentar al hombre, con sus sufrimientos, problemas políticos y angustias culturales. Después, al historiador en función de su problemática y de su tiempo. En seguida, la obra exponiendo los grandes temas de su producción, conforme, a mi parecer, los fue él apreciando; para terminar

con el colofón donde anoto las modestas conclusiones de mi estudio.

Quizá cause extrañeza el ordenamiento de los temas históricos. Antecede la conquista, porque es la trascendental; el encuentro de las dos razas, el choque violento y el principio de la sumisión por largos siglos, del indígena. Nuestro historiador pone su más grande entusiasmo al relatarla; olvidándose de su afán científicista, se convierte exclusivamente en juez. Condena airado la figura de Moctezuma tachándolo de imbécil; ensalza como heroica la actuación militar de Cortés, pero desaprueba su perfidia y vandálicas acciones. Se indigna por la falta de unión y sentimientos patriotas entre los pueblos de Anáhuac, y clama la bravura y nobleza de los fieles, redimiendo a la reyecía azteca con la figura de Cuauhtémoc. La conquista, es para él, una tragedia en la historia de la nación.

La dominación española es segunda en orden, porque es el resultado de la primera, donde se verán las consecuencias. De ella surgirá el mestizo, el "mexicano" tan discutido, tan hurgado, pero aún no entendido. Al pasar revisión de esta época, quiere ser tranquilo, imparcial. Establece la concepción de Dos Españas. La España de allende los mares que ha venido a vertir en estas tierras lo que quedaba de afán de aventuras y cruzadas religiosas de las épocas caballerescas; la España de los reyes que con verdadero amor paternal hacen lo imposible por salvar a los indios: espiritualmente, de las garras del demonio y físicamente, de la ambición desmedida de los colonos. Sus leyes son sabias, pero inútiles. Es más fuerte la otra España. La que vive en el Nuevo Mundo, la de los teules. Ellos son codiciosos, voraces; se ha perdido la épica de los primeros tiempos y los santos afanes de los misioneros. El indio, estoico, espera pacientemente después de las derrotas, sin importarle su servilismo.

Orozco y Berra no aceptará como único fundamento en la nacionalidad, la época de la dominación, y entonces se remonta hasta el indígena antiguo (tercer tema), tratando de enraizar en sus culturas al México Moderno.

La historia de Orozco y Berra exige ser considerada con justicia. Siendo tan importante como síntesis de hechos y tan valiosa como apreciación de conjunto, ocupa un lugar primordial en la historiografía mexicana.

ENSAYO DE UNA BIOGRAFIA

ENSAYO DE UNA BIOGRAFIA

GUERRA de Independencia. Se lucha por obtener la libertad para el país y mejores horizontes para sus habitantes. Entre las heroicas filas del Cura Morelos está don Juan N. Orozco, Capitán en el regimiento de San Pedro y bajo las órdenes directas de Mariano Matamoros. Al eco de las batallas y al ritmo de las voces que pregonaban igualdades políticas y superaciones sociales, nace el 8 de junio de 1816 en la ciudad de México, Manuel, hijo del capitán Orozco y de María del Carmen Berra.

Manuel Orozco y Berra pertenece a la clase media pobre y es llevado a la escuela gratuita, a la escuela Lancasteriana, con don Octaviano Chousel. A los 13 años ingresa en el Colegio de Minería, donde obtiene a los 18, el título de Ingeniero Topógrafo cuando ya huérfano, ha quedado convertido en jefe de familia.

Sus necesidades económicas hacen que se traslade a la ciudad de Puebla. La recomendación de un pariente permite que sea nombrado Maestro Mayor de la Ciudad; empieza a dar clases de Matemáticas y realiza trabajos esporádicos en los conventos. Mas sus ambiciones culturales no están satisfechas, y ya estirando las horas, ya apretujando el tiempo, estudia leyes en el Seminario del Obispado Poblano, recibándose de abogado en 1847.

La emprende también por el camino de las letras, escribiendo poesías, ensayos, comedias, obras que van a ingresar al túmulo de la mediocridad. Intenta el periodismo y sus artículos aparecen en los periódicos poblanos "El Porvenir", "La Libertad", "El Sainete", "El Entreacto", etc., pero se da cuenta a tiempo que no es esa su inspiración y se retira del medio literario.

Las inquietudes políticas del momento le atraen y llega a ser Secretario de Rafael Isunza, Gobernador del Estado de

Puebla. Poco después los norteamericanos amenazan la ciudad y ante la presencia del invasor el gobernante se retira a Atlixco, Izúcar y Zacatlán, dejando comisionado a su experto Secretario para detener a los ejércitos invasores. Los recursos son escasos y la batalla corta. Cuando nuestro biografiado puede pensar con claridad en sus actos, sólo recuerda el ruido de los cañones, el embate del ejército contrario y la huida de su propio caballo que lo aleja rápidamente de la lucha. En la carrera de las armas no iba a encontrar su vocación.

Decepcionado, y tal vez avergonzado, deja temporalmente la política y se dedica a las leyes como Asesor del Juzgado de Tlaxcala, dándose de lleno al trabajo intelectual.

Detengámonos un momento en su vida para tratar de entender la trayectoria cultural que ha seguido el futuro gran historiador: Andanzas por las letras que le ayudarán a mejorar su estilo; los conocimientos y prácticas matemáticas frenarán su imaginación para hacerlo preciso, exacto. El trabajo de los conventos le da gran oportunidad de desempolvar escritos curiosos que le interesan, encausándolo por la historia; por medio del Gobernador Isunza, haciendo relaciones con el obispo de Puebla, Francisco Pablo Vázquez, quien había hecho una traducción de la Historia de México de Clavijero, y tenía en su biblioteca libros raros de los cuales gustaba comentar con Orozco y Berra; y por último, traba amistad con un grupo selecto de literatos, investigadores, historiadores, etc., entre quienes se cuentan Ignacio Ramírez, José María Andrade, Joaquín García Icazbalceta, Ignacio Rayón (de quien aprendió el arte de paleografiar), Andrés Quintana Roo, Antonio García Cubas, etc., y quienes iban a formar el medio ambiente necesario para que se desarrollara con todo vigor su verdadera inclinación: el amor al pasado.

En 1851, regresa a México y por influencia de don José Fernández Ramírez es nombrado al año siguiente empleado de la Sección de Registro del Archivo General de la Nación, y poco después llega a ocupar el cargo de Director del mismo.

Al suprimirse el convento de San Francisco, se le comisiona para que haga el inventario de la biblioteca del convento, y aunque fue muy mal retribuido en su trabajo, éste le sirve para aumentar su curiosidad y deseo de convertirse en un investigador serio.

La Constitución de 1857 hace vibrar a la nación y Orozco y Berra se une al grupo reformista como Ministro de la Secretaría de Fomento; pero cuando Juárez se lleva a

sú gobierno en exilio a Guanajuato, no puede seguirlo por razones económicas, y porque este historiador sólo es un liberal moderado que ama la paz y el estudio.

Es un trabajador incansable y va a ser esta la época donde desarrolle mayor trabajo intelectual: como geógrafo colabora con numerosos artículos al Diccionario Universal de Historia y Geografía, rectifica la Carta General de la República y poco después la Carta Geográfica del Valle de México. Como historiador, de 1853 a 1857 publica cuatro series de sus Documentos para la Historia de México, en 1859 paleografía los Libros de Actas del Cabildo de la Capital; recibe y organiza los libros de las comunidades religiosas extinguidas, para incluirlos en la Universidad; hace un estudio sobre las lenguas indígenas que se hablaban en el país y que se edita en 1864 como Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México; como Maestro, imparte clases sobre Historia y Geografía en el Colegio Militar y como ingeniero ayuda en 1862 al gobierno de Juárez, a las fortificaciones del país, en vano intento de detener la invasión francesa.

No puede sustraerse a las actividades políticas, en 1861 ha vuelto con Melchor Ocampo a la Secretaría de Fomento, y en 1863 ha sido nombrado Ministro de la Suprema Corte de Justicia.

Juárez vuelve al destierro. Los invasores franceses se han apoderado de la ciudad. Aunque Orozco y Berra quisiera seguir en el exilio al gobierno liberal, tiene que quedar en la capital prisionero de su economía y de la necesidad de proveer a su numerosa familia.

Forey, Ministro de Francia, reúne una Junta Superior de Gobierno y convoca a una Junta de Notables: Notables en su condición económica, política, social y cultural. Orozco y Berra es notable intelectual y ha sido llamado; pero orgulloso patriota, rechaza el cargo a pesar de estar sumido en la pobreza más tremenda. Soporta el dolor de ver morir a sus hijos por falta de atención médica y alimentos, y cuando la ausencia de empleo le brinda la posibilidad de dedicarse a sus investigaciones, clama con amargura su famosa frase: "Si tengo pan, no tengo tiempo, y si tengo tiempo, no tengo pan".

Su situación económica y el liberalismo que demostraba Maximiliano, le hacen aceptar ser miembro de la Comisión Científica de México, en 1864; y un año después una cátedra de Historia de México en el Colegio de Minería y la Dirección del Museo Nacional, fundado por el Emperador.

Nunca abandonó su ideario político; en el Consejo de

Orizaba en 1866 sugirió a Maximiliano que abdicara porque su causa estaba perdida y debían evitarse al país las continuas guerras civiles. A pesar de ello, el Imperio reconoció su valía otorgándole la Cruz de Guadalupe y el grado de Oficial de la Orden del Aguila Mexicana.

1867. Juárez regresa victorioso. Orozco y Berra acusado de imperialista es encarcelado en la Enseñanza, sentenciado a 4 años de prisión y \$4,000 de multa. Estaba muy enfermo; el exceso de trabajo, las privaciones, las angustias políticas, habían mellado su salud.

Había sido durante la invasión, hombre de estudio y no colaborador político, y así lo reconoció después la República, condonándole la multa a la mitad y permitiéndole con indulgencia que regresara a curarse a su casa.

La libertad le sirvió para volver a su trabajo: a la Casa de Moneda, para obtener el sustento de los suyos, y a la Sociedad de Geografía y Estadística, a la Academia de Literatura y Ciencias, para continuar su infatigable labor de estudio.

Su obra póstuma, fue la más importante, la Historia Antigua de la Conquista de México, de la que sólo vió editados los dos primeros tomos, pues murió el 27 de enero de 1881.

EL HISTORIADOR

EL HISTORIADOR

OROZCO y Berra es el investigador que está en función de su propio compromiso racial. Investiga, rebusca y desmenuza todo cuanto puede tener al alcance de la mano, porque necesita la verdad para transmitirla, para iluminar el recuerdo del pasado y poner orden y concierto a la época crítica que le ha tocado vivir: saber ser y ejercer como nación a un México mestizo que apenas empieza solo y libre.

Su obra histórica comprende fundamentalmente la "Historia Antigua y de la Conquista" y la "Dominación Española en México". Antecedentes de ellas fueron los Documentos para la Historia de México, en 20 volúmenes, editados por el autor de 1853 a 1857 y su amplia colaboración al Diccionario Universal de Historia y Geografía.

La extensa bibliografía que usó, reunida y estudiada durante su vida, es la más completa para su tiempo, aún documentos que entonces eran inaccesibles pudieron llegar a sus manos. Icazbalceta llamó a la Historia Antigua la "crónica de las crónicas". A pesar de ello, no pretendió nunca Orozco y Berra, que estuviera completa y con su modestia habitual nos explica en uno de sus capítulos: "trunca como es, sirve de punto de partida; con datos suficientes, en mejores condiciones que la nuestra, respecto de corazón e inteligencia, mis compatriotas darán la perfección que falta a mi pobre labor" (1).

Fue el primer historiador que intentó hacer un estudio del hombre prehistórico de México; quien por primera vez en su investigación histórica incluyó a todas las zonas del país, sin ceñirse exclusivamente al centro; el que se anticipó a los demás en el estudio de la geografía mexicana; y el que reunió originalmente, todos los datos de descripciones de pueblos y lenguas para hacer una Geografía de

las Lenguas y Carta Etnográfica de México, editada en 1864.

Su método trata de ser científicista, refleja la formación de la escuela alemana a través de la escuela norteamericana, pero sin olvidar que la historia es un arte. De estilo claro y sencillo, procura que el lector llegue a formar sus propios juicios acumulando todos los datos posibles en favor y en contra.

En él tiene crisis la idea universalista del liberalismo y la ilustración, con la idea de la historia nacional. Ante su situación de espectador en el "pleito de familia" como dice Fernando Ramírez, lleva el sentido del genio del pueblo como fuerza vital en la creación de la historia de los pueblos; y habla de patria con expresión de unidad indígena en la época de la conquista, lo que le hace acusar de traidores a aquellos núcleos que ayudaron al invasor.

Refleja también en su obra, las experiencias políticas personales: decepción ante la humanidad, acres comentarios sobre la justicia, el halago humano y el poder pasajero de los hombres.

Sus investigaciones históricas tienen los errores propios de las limitaciones que le ofrecía su época: falta de amplitud en el conocimiento del náhuatl que le impidió llegar a algunas fuentes directas, consultando las traducciones que le parecieron válidas; falta de conocimientos arqueológicos, porque aún no se tenían los recursos necesarios; pero no se le puede exigir que se adelantara a su tiempo. Sobre esto el P. Angel Ma. Garibay en su estudio preliminar a la Historia Antigua y de la Conquista afirma: "Con estas limitaciones y todas las más que quieran poner a Orozco los especialistas, que suelen ser lince para criticar y marmotas para construir, es un libro fundamental que ofrece la visión más completa de la ciencia del siglo XIX. No fue mejorada por estudios de conjuntos, posteriores". (2)

La Historia de la Dominación Española en México, fue encontrada como manuscrito entre los papeles que José Ma. Lafragua donó a la Biblioteca Nacional, y por eso se le atribuyó a este escritor. Sin embargo, por el estilo de la redacción se sospechó y más tarde se pudo comprobar su paternidad, porque el primer capítulo del primer tomo había aparecido publicado en la Revista Moderna de Gutiérrez Nájera, y firmado por Orozco y Berra. En el manuscrito encontrado, desgraciadamente faltaban de la página 733 a 756 del III tomo.

Se hizo una primera impresión en 1906, por Aguilar Vera y Cía., pero la edición desapareció tal vez por incendio o cambio de dueños de la imprenta, conservándose 305

ejemplares; de los cuales sólo se conoce uno, perteneciente a la Biblioteca Nacional.

La segunda impresión fue realizada por Genaro Estrada en la Biblioteca Histórica Mexicana, Tomos VIII, IX y X, edición de la Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, en 1938. Genaro Estrada en la advertencia nos relata las peripecias por las que pasó esta obra que él supone fue escrita antes de la Historia Antigua y de la Conquista, probablemente en 1849, porque esa fecha aparece en el manuscrito al final de un capítulo. Difícil es en verdad que se haya podido escribir una obra de esa magnitud cuando Orozco y Berra en esa época, aún muy joven, estaba dedicado por completo a la ingeniería, ciencias matemáticas y abogacía; y a pesar de que haya tenido contacto con algunos documentos históricos, no es factible que tuviera la madurez histórica que se aprecia en la obra, y el tiempo y dedicación suficiente para haber leído y trabajado toda la extensa bibliografía que acusa.

La Historia Antigua y de la Conquista, fue publicada por primera vez en 1880 a expensas y por orden del gobierno de la República Mexicana, siendo Presidente Porfirio Díaz y Ministro de Instrucción Pública, don Ignacio Mariscal. En el prólogo, Orozco y Berra se disculpa "del orgulloso atrevimiento de emprender nueva labor acerca de la Historia Antigua y de la Conquista de México, ya que tan repetidas relaciones existen". (3)

En 1960 y bajo la dirección del Padre Garibay, la Editorial Porrúa hizo la segunda impresión de esta obra; con un estudio preliminar del mismo Padre Garibay y Biografía y Bibliografías, a cargo del Dr. Miguel León Portilla,

Dejemos ahora que el propio Orozco y Berra con sus palabras extraídas de prólogos y anotaciones, nos diga los lineamientos que siguió en su labor.

"Escribo bajo el influjo de lo que he visto, leído o calculado y siempre buscando la verdad y la justicia. Respeto la religión, y sigo confiado por el camino del progreso que es la ley impuesta a la humanidad. Subordino mis ideas a estos principios: Dios, la Patria y la Familia". (4)

Escribo bajo el influjo de lo que he visto, leído o calculado, porque "de algunos años a esta parte en España y en México se ha dado a la estampa copia de interesantísimos documentos sacados de los archivos, y curiosos y eruditos sacaron del olvido crónicas, relaciones y aún pequeños escritos de autores nacionales ya en mexicano, ya en español"... (5); porque he podido hacer uso ilimitado de las bibliotecas de don José Fernando Ramírez, Alfredo Cha-

vero y de don Joaquín García Icazbalceta “quienes no han tenido encubierto para mí ninguno de los muchos documentos raros, a veces únicos, que poseen”. (6)

Siempre buscando la verdad y la justicia, ya que los escritores de este tema se dividen en dos bandos: unos que “en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros” en tanto que otros “sublimando más de lo merecido a los indígenas, derriban de sus pedestales a los héroes españoles”; he tratado de apartarme de estos extremos procurando buscar la verdad y la justicia; aunque “acaso yo también incurra en censura” ya que “ningún nombre puede alcanzar la perfección en la rectitud del juicio y en lo inflexible de la voluntad, para ser imparcial”. (7)

Respeto la religión, porque “La Religión es el pensamiento más noble para el hombre. porque el estado de inseguridad en que se vive en el mundo, porque la muerte está pronta a caer sobre nosotros, debía hacer que no pensáramos en otra cosa que en el momento terrible que no tiene fijo día ni hora, disponiéndonos de continuo para hacer bien el misterioso pasaje”. (8)

Sí, respeto la religión porque “Los misioneros, hombres en verdad filantrópicos, animados de la ferviente caridad de los santos en los tiempos primitivos del cristianismo, sin codicia, sin pretensiones dañosas, buscaban con admirable valor a los bárbaros y a fuerza de paciencia, de mansedumbre y de amor, les enseñaban las verdades del cristianismo, los reducían a poblaciones, y los fijaban al suelo con la enseñanza de los rudimientos de los deberes del ciudadano y de las artes más necesarias a la vida”. (9)

Sigo confiado por el camino del progreso, avalorando el intelecto humano de conquistadores y conquistados llegando a los documentos sin la “errada idea de corregir por racionios y consideraciones. . . ni enmendando la plana a los escritores indígenas a fuer de ser hombre civilizado”. (10)

Subordino mis ideas a estos principios: Dios, la Patria y la Familia.

NOTAS AL CAPITULO "EL HISTORIADOR"

- (1) *Fin del capítulo 2 del libro II de la HISTORIA ANTIGUA.*
- (2) *IBID. Edición Porrúa 1960. Pág. XXIV*
- (3) *IBID. Edición 1880. Pág. V*
- (4) *IBID. Advertencia*
- (5) *IBID. Prólogo. Pág. VI*
- (6) *IBID. Pág. VII*
- (7) *IBID. Pág. VI.*
- (8) *HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA. Tomo III. Pág. 157*
- (9) *IBID. Pág. 207*
- (10) *HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA. Tomo I. Pág. 4*

LA CONQUISTA

“LA CONQUISTA”

“Los hechos consumados se prestan a explicar sin que logre torcerle o borrarle ningún género de argumentaciones. Los castellanos conquistaron ambas Américas y su conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad”.

Ultimas palabras del IV tomo de la Historia Antigua y de la Conquista.

LA CONQUISTA

OROZCO y Berra al hacernos el relato de la conquista, no es el espectador que ve realizarse frente a él un drama que le conmueve pero que no le atañe; es por el contrario, el angustiado buscador de la verdad, y más aún, el crítico, porque se siente resultado de la tragedia relatada. En muchas ocasiones enjuicia duramente a los actores del drama, porque siente que es a ellos a quienes debe virtudes, pasiones, pérdidas irreparables o grandes frutos alcanzados.

Piensa que es él quien puede encontrar la verdad, pues “llevamos en las venas la sangre de los vencidos y de los vencedores; vivimos en tiempos lejanos de los sucesos; no tenemos relaciones próximas ningunas, ya con el antiguo imperio azteca, ya con la colonia española; no pretendemos acariciar los pasados recuerdos históricos de los pueblos primitivos, ni tenemos temor o miramiento por las autoridades coloniales; podemos, pues, ser justos y discutir con calma; busquemos la verdad”. (1)

¿Cuál es esta verdad encontrada?

1—El derecho a la conquista del Nuevo Orbe era de origen religioso y encaminado a fin religioso.

Los españoles al venir a estas tierras traían todavía los recuerdos de las porfiadas guerras contra los moros, de las hazañas relatadas en los libros de caballería, de los peligros que ofrecía la hechicería, las artes de la cábala y de la magia; y en las luchas contra el malo siempre se tenía la esperanza de que Dios obrara milagros y protegiera a los que combatían en su nombre. Y aquí habían encontrado a infieles desconocedores del verdadero Dios, que levantaban cúes al demonio, que practicaban sacrificios humanos y que se entregaban a vicios vergonzosos.

Por eso "el soldado tuvo que afectar el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. De aquí ciertas monstruosidades ridículas. Predicar un Dios Santo con la palabra, y dar el ejemplo de las malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso". (2)

Pero no sólo el diablo andaba metido en la conquista de México, mucha culpa tuvieron también, Quetzacóalt con sus profecías y Huitzilopochtli con sus víctimas.

Los aztecas esperaban la llegada de los anunciados, la hora de entregar el trono a sus legítimos dueños. Los funestos presagios hablaban de que los blancos y barbados se aproximaban. Cuando llegaron, los mexica, pueblo sumamente religioso, los vió como dioses por su aspecto, sus armas, su poderío; "nada se creía imposible para los teules, nadie podría resistirles, y aquella gente supersticiosa estaba vencida con lo contado por la fama acerca de los hombres blancos". (3)

"No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores: el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzacóatl, la más estúpida de las supersticiones arrojó al pueblo y al imbécil monarca a los pies del invasor, y pusieron el imperio sin combatir bajo el yugo castellano". (4)

Habían sido dioses, mas aquella residencia dilatada y el trato familiar con los indios, les fue perjudicando. Considerados de lejos, admitidos como seres sobrenaturales brotados de las ondas del mar, les adornaba la imaginación con las perfecciones de los dioses; y vistos de cerca, espiados en sus debilidades y malos instintos, se fue acabando el prestigio y empequeñeciendo la figura, hasta hacerlos hombres valientes e intrépidos, pero hombres con quienes se debía luchar y se podía vencer. Uniéronse los mexica bajo un nuevo caudillo y con la bandera de Huitzilopochtli, que les prometía hartarse con las carnes blancas y la de los bastardos que unían a los invasores.

Huitzilopochtli los quería vivos para ofrendarlos en los altares. Combatiendo contra armas superiores y tratando de obtener prisioneros en vez de acabar con ellos, los mexica tenían de antemano perdida la batalla.

Cortés, antes de atacar directamente a Tenochtitlán, en una proclama lanzada en su calidad de capitán general y justicia mayor de esta Nueva España del Mar Océano, indicaba la necesidad y conveniencia de sujetar a reglas las

acciones humanas, y entraba de lleno en el principio religioso en que fundaba su derecho a la conquista, encargando que el principal intento de todos fuera apartar y desarraigar la idolatría de los naturales, procurar su salvación y atraerlos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica, "porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta", y sobre ellos encargaba la conciencia, y protestaba no ser otro el móvil que le llevara a emprender la conquista. (5)

El dios de los teules demostró sés más poderoso Los blancos podían imponer su culto.

2.—Existía derecho a realizar la conquista y a someter a la esclavitud a los indios, porque éstos eran bárbaros, caníbales y sodomitas.

Para Orozco y Berra esto no era más que un pretexto. El encomendero de las islas había acusado a los indios de ser flojos, cuando precisamente perecían en trabajos excesivos; y para que no se les pidiera cuenta del número de víctimas caídas por el dominio español, alegaban en el vencido los cargos de embriaguez y de sodomía, dando los primeros historiadores muchos testimonios de ello, pero en los cuales se sospecha exageración.

En México, en todo lo que se extendía la civilización nahoa o el llamado imperio, ambos crímenes se pagaban con la vida. Si bien sus leyes admiten que existían ambas faltas, prueban también que eran casos aislados que se castigaban con dureza. Si de la disposición de la ley debiera inferirse que era una práctica arraigada, el mismo argumento pudiera tomarse de los códigos criminales de las naciones civilizadas, sin llegarse nunca a inferir con justicia que sean reos de semejantes vicios.

"Se dan en los pueblos entes degradados, sin que al pueblo entero puede achacarse el hábito, como se puede, en ciertas épocas, a griegos y romanos". (6)

Cuando por el exceso de trabajo y los malos tratos se empezó a escasear la población en las islas, y ante la necesidad de la mano de obra se recurrió al reprobable medio de hacer esclavos en las demás islas y en la tierra firme, la esclavitud fue prohibida por ley, pero en mala hora se hizo la excepción contra los indios caníbales, porque todos los indios fueron declarados comedores de carne humana.

La verdad es que aquellos pueblos sólo comían la carne del prisionero de guerra sacrificado a los dioses. Era un ritual, una verdadera comunión; con ella ingerían la fuerza divina y tenían segura la protección celestial.

Prohibido por los blancos el sacrificio humano, los tlaxcaltecas vieron ya inútil el tomar prisioneros para víctimas;

pero no queriendo abandonar las prescripciones del rito, dieron en tomar los trozos de costumbre de los cadáveres de los guerreros muertos sobre el campo de batalla, fingiendo tal vez estar ya consagrados a Huitzilopochtli o Camaxtle. Este error lo consentía don Hernando a sus aliados, tan sólo por el deseo de tenerlos contentos. "Cortés con su interesada condescendencia se hizo cómplice con todos sus compañeros en aquella abominación". (7)

Los sacrificios humanos tuvieron mayor significado durante la defensa de Tenochtitlán, porque en ella los indios defendían en un último esfuerzo: tierra, riqueza, poderío y aún la lucha de sus dioses contra los dioses invasores. Los sacerdotes hacían continuas deprecaciones a las divinidades, ofreciéndoles abundantes víctimas con los prisioneros aliados cogidos en los diarios combates, y el contento de la solemnidad rayaba en frenesí cuando los devotos veían tendido sobre el techcatl el cuerpo desnudo y blanco de algún teule, quedando ofrecido el corazón al sanguinario Huitzilopochtli. Aquellas carnes blancas, santificadas por el rito, eran comidas con delicia como sazonadas por el odio y la venganza.

Sólo durante el sitio de Tenochtitlán, se dió el caso que tomaran carne humana como alimento. Ya nada tenían que comer, se habían agotado los granos, lo que podían pescar en el agua, los ratones y sabandijas; las plantas, las hojas y cortezas de los árboles, las raíces mismas; la única esperanza era tomar prisioneros en la guerra para devorar las carnes. "Aunque con la triste costumbre de comer la carne de ciertas partes de la víctima inmolada, consta evidentemente que no se devoraron entre sí, ni tocaron en lo más mínimo el cuerpo de los suyos. Por el derecho de paternidad que consentía poder disponer de los hijos, por lo grave de la situación, por no dejarlos indefensos a la esclavitud y a la muerte, no quedó un solo niño, porque sus propios padres y madres los comieron". (8).

Nuestro historiador no nos comenta más el hecho. El canibalismo indígena, era entonces para él, un acto de intenso amor filial y de patriotismo; devorar a sus hijos para evitar dejarlos como esclavos de los blancos. Si el derecho de paternidad les permitía venderlos, matarlos, también les consentía el terrible don de comerlos, para salvarlos.

3.—La Conquista fue obedeciendo la ley natural del fuerte sobre el débil.

La intrepidez propia de la raza, la fuerza que por sus armas alcanzaban, la superioridad táctica y de su disciplina, estar amañados en las guerras indias con la experiencia de las islas, tener en poco o en nada a sus enemigos por desnudos y de flacas armas, todo ello daba marcadas ventajas a los

invasores sobre los invadidos. Agreguemos a la fuerza, la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes de todas las edades se han reservado para aplicarla según su antojo a las naciones débiles.

Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista, que todas las conquistas son crueles y expolatorias. Debe aún ponerse a cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellas son exclusivamente reos los hombres que la ejercitan por un instinto bárbaro, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.

“De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada y fuerte debía sucumbir, es la ley providencial. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados a sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido! (9)

4.—La Conquista pudo realizarse por la ayuda de los “traidores”.

La falta de vínculos entre los elementos del imperio azteca y el odio que los subordinados tenían a los mexica, dió posibilidades a los españoles de realizar la conquista. El despotismo mexicano hacia de cada pueblo pisado por los invasores un firme aliado para ellos y un enemigo para México.

Las tribus que se aliaron a los blancos no sabían lo que iban a ganar; en horror a la tiranía indígena, se ponían bajo la dependencia de desconocidos extranjeros. Para recobrar la libertad perdida, juraban obediencia a un monarca incógnito. Consejeros fueron el odio y no la razón.

Aún los tlaxcaltecas, “fieros republicanos” desdeñaron la alianza de los aztecas y deponían sus derechos, inclinándose voluntariamente el cuello para recibir el yugo extranjero.

La guerra fue fratricida. Gran sentimiento les causaba a los de México ver en las filas contrarias, a los antiguos aliados del Imperio, amigos, parientes, sus hermanos por la raza y la lengua, y a las demás tribus que habían sido sus súbditos y aún sus esclavos. Aborrecíanse recíprocamente más que a los blancos.

Orozco y Berra nombra constantemente “El llamamiento nacional” y la “Causa de la Patria” a la defensa mexicana y “los traidores”, “los bastardos”, “los malos patricios”, a los aliados.

No comprendieron los bastardos que “derribando el trono mexica, bajo sus escombros quedaron sepultados las libertades de los pueblos del Anáhuac”. (10)

5—No fue ajena a la conquista, el oro y la codicia.

El motivo del descubrimiento, y el aliciente para que se realizara la conquista de México, fue el oro; el deseo de

los españoles de convertirse en un momento, en hombres ricos para toda la vida.

Desde que tocaron estas tierras, atosigaban a los indios con preguntas sobre dónde existía el mineral; los aquejaban para sacarles dinero; los oficiales reales con pretexto de obtener un buen quinto para el rey, hacían todas las pesquisas imaginables para descubrir el paradero de los metales preciosos. Todo lo cambiaban por "dijes y niñerías", pero "la verdad es que en aquellos trueques los contratantes quedaban satisfechos mutuamente, los castellanos por el subido precio a que vendían sus fruslerías, los naturales porque adquirían objetos para ellos de inestimable valor, por raros, desconocidos, con el picante sabor del origen extranjero y de la novedad, a cambio de un metal que en sus mercados no era de primera importacia". (11)

Los indios aliados también estuvieron movidos por los mismos intereses, pues cuando se va a realizar el sitio de Tenochtitlán son tantos los pueblos que se unen a los teules y tan claras sus intenciones, que Bernal Díaz en su relato, los compara con los cuervos, milanos y otras aves de rapiña, a lo que Orozco y Berra observa que merecen la comparación porque sólo acudían los aliados a satisfacer sus deseos de robo y de venganza.

Terminada la toma de Tenochtitlán, el oro recogido no satisfizo la esperanza de los castellanos. La fama hacía muy ricos a los emperadores y a los dioses, la codicia los llevó a aplicar tormento a Cuauhtémoc y al señor de Tlacopan, a motejar la ambición de su general, diciendo descaradamente que "los soldados no eran los conquistadores de la Nueva España, sino los conquistados de Cortés".

Todo lo recogido finalmente, fundido y hecho barras, montaba la cantidad de 380 mil pesos. "A esto se redujo en último análisis el extraordinario tesoro que tan negros afanes costó a los españoles, y tanta sangre y lágrimas a los indios. Desvaneciése como el humo, dejando descontenta la codicia. (12).

6.—La Conquista fue una epopeya heroica.

No debe dudarse en ningún momento, la valentía, la audacia, el arrojo que se necesitó para intentar la conquista. Era un puñado de hombres aguerridos que se internaban en tierras totalmente desconocidas sin poder imaginar siquiera la multitud de peligros que les esperaban. Creían que estos pueblos estaban en poder del demonio, por los cúes ensangrentados que encontraron en las primeras incursiones; y al

mismo tiempo la naturaleza virgen y el clima agradable les hacían sentirse en lugares mágicos.

Todo lo encontraron nuevo, las razas, los usos, la tierra, la vegetación, el cielo. Se maravillaban y en ocasiones no se atrevían a dar crédito a sus propios sentidos, como si fuera un sueño. Según sus recuerdos de los libros de caballería, se figuraban ser los paladines de los romances de Amadís de Gaula o de Belianis, estar metidos en un país encantado, donde tenían que habérselas con malandrines y nigromantes, de quienes saldrían vencedores con ayuda de la voluntad de Dios y de su cortadora espada.

Verdad es que no pocos de aquellos terribles soldados habían sentido flaquear el corazón al verse metidos entre tantos pueblos; pero iban sostenidos por la inquebrantable fuerza de alma del general, y proseguían adelante.

Aún cuando se suponga que los conquistadores no estuvieron movidos de verdadera piedad, la vista de aquellas feas figuras, espantosas por su simbolismo, aquel horrible inmolar de víctimas humanas y comer de la carne, les debían tener atemorizados, si no por religión, por humanidad y repugnancia.

Cuando sitiados en el palacio, los aztecas a pesar de tener armas más débiles, les hablan a los españoles de que están resueltos a sucumbir todos o acabar con los blancos, resuena para ellos una gran verdad; la diferencia de número. "Mirad cuán llenas están calles, plazas y azoteas; si por cada uno de vosotros mueren veinticinco mil de los nuestros, acabaréis primero, porque sois pocos; sabed que las calzadas están rotas, excepto una, de manera que no podréis salir sino por el agua, tenéis pocos mantenimientos y carecéis de agua dulce, si no logramos mataros, por el hambre pereceréis". (13)

Cuando ya derrotados huyen de Tenochtitlán, se ha deshecho para los indios la mágica de que los blancos eran dioses, se había comprobado que podían ser heridos y muertos; pero los teules, ya habían tenido la amarga experiencia de ver sacrificados a algunos de sus compañeros en los altares indios. Sin embargo, volvieron sobre la ciudad haciendo uso de todos sus conocimientos superiores y de su astucia, hasta que la rindieron.

Vencieron, a pesar de que los indios, por contacto de los blancos, habían ya cambiado su táctica de combate, usando por ejemplo lanzas largas armadas con pedernales, para herir a los caballos arrimándose a las paredes de las calles, para defenderse de la artillería, tirándose al suelo al ver poner fuego al cañón.

Eran hombres por sus debilidades, fueron dioses por sus hazañas. Al ponerse en presencia, se asombraban una de otra,

las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo. Orozco y Berra, emocionado por el temple español, escribe: "La justicia nos hace preguntar con el cronista conquistador: ¿Qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen?". (14)

CONCLUSION:

"Los conquistadores se presentaron bajo el influjo de las ideas dominantes. En su concepto, venían prevenidos de un derecho legítimo para hacer la invasión, autoridades competentes les habían dado la tierra; deber de españoles y cristianos los lanzaban a combatir a los idólatras; obra justa y meritoria era destruir a bárbaros sin fe, comedores de carne humana, encenegados en vicios degradantes y vergonzosos, la ley les entregaba por esclavos a quienes resistían someterse, y podían, sin cargo de conciencia, apoderarse de las personas y de sus haciendas. Muchos crímenes brotaron de aquí, de los cuales sólo debe responder el tiempo y sus doctrinas". (15).

NOTAS AL CAPITULO "LA CONQUISTA"

- (1) *Historia Antigua y de la Conquista. Tomo IV. Pág. 376.*
- (2) *Ibid. Pág.. 75*
- (3) *Ibid. „ 224*
- (4) *Ibid. 236*
- (5) *Ibid. 430*
- (6) *Ibid. „ 81*
- (7) *Ibid. „ 410*
- (8) *Ibid. „ 538*
- (9) *Ibid. „ 83*
- (10) *Ibid. „ 546*
- (11) *Ibid. 115*
- (12) *Ibid. „ 557*
- (13) *Ibid., „ 373*
- (14) *Ibid. „ 232*
- (15) *Ibid. „ 83*

“LOS PERSONAJES DEL DRAMA”

"LOS PERSONAJES DEL DRAMA"

EL ENCUENTRO EN EL FUERTE DE XOLOC

“Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hombres, a quienes unido Cuauhtémoc observando algo distante, formaban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de distinto género debieron chocarse entre el altivo don Hernando, el citado Moctecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitláhuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos... Más allá la pretensiosa Marina”.

MOCTECUHZOMA

CUANDO Moctecuhzoma fue elegido emperador, se le consideró “varón con todas las prendas necesarias para regir la monarquía”. Netzahualpilli ponderó su designación porque “está ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado, que para regir un mundo como éste, llevar a cuestras una carga tan pesada, no se requieren menos consistencia y fortaleza que la de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya” (1).

Contaba entonces con 34 años de edad; había sido soldado y por sus hazañas subió al grado de Tlacochealcatl, pero después su piedad lo llevó al sacerdocio y era antes de su ascensión al trono, pontífice.

Justiciero, pero incapaz de sufrir contradicción; amigo del orden, gran recompensador de los servicios civiles y militares, enemigo del ocio, mas severo y cruel haciendo cumplir sus mandatos. Su piedad era ilimitada y su orgullo fuera de medida. Supersticioso, en el trono se creyó el dios vivo.

Hizo de la guerra un verdadero entretenimiento como sus antecesores, mezclando en ella la devoción religiosa y la necesidad de sostener dominado su vasto imperio; la guerra florida hace maliciar si estaría dispuesta de aquella manera por el monarca a fin de deshacerse de los príncipes con derecho al trono, de la nobleza antigua de los tres reinos, de cuanto no fuera formado por él y pudiera oponerse a sus designios.

Aún no tenía dos años de reinado, cuando empezaron a circular las noticias de que se habían visto casas flotando en el mar, habitadas por hombres blancos y barbados, resurgiendo las ya olvidadas profecías de Quetzalcóatl. Los ánimos presentaban una vaga inquietud y los ministros de los templos leían las místicas revelaciones, pues se acercaba el fin de las indianas monarquías.

Con el tiempo, los blancos llegaron a desembarcar aunque

momentáneamente y la angustia aumentó produciendo en la multitud un estado enfermizo y de zozobra, que infundido rápidamente, la predisponía a ver en cada suceso natural un prodigio, a dar crédito a todas las consejas inventadas por visionarios o especuladores malévolos.

Una enorme piedra labrada en Aculco para usarla en la construcción de la nueva casa para Cuauhxicalli, se negó a llegar a la ciudad de México, porque sabía que estaba a punto de fenecer el imperio y no quería quedar por ahí rodando humillada, caída y menospreciada. (2)

Papatzin, hermana de Moctecuhzoma resucitó y mandó llamar al monarca para contarle lo que había visto mientras estuvo privada del sentido. Según la relación que presenta Torquemada, era nada menos el aviso de que el cristianismo llegaba con los blancos. "En nuestro parecer, nos dice Orozco y Berra, este caso maravilloso, si está bien autenticado, se resuelve admitiendo un caso de catalepsia; en cuanto a la relación de la enferma, quitadas las variantes añadidas después por la tradición, va conforme con la idea que entonces fermentaba en los ánimos acerca de la venida de los hombres blancos y barbados; no se puede extrañar la mención de la cruz, que les era conocida." (3)

Para aplacar la cólera de los dioses, y atajar si pudiera los decretos del hado, Moctezuma se entregó a continuas guerras, a fin de proporcionar víctimas. A medida que los años pasaban sin tener cumplimiento las profecías, tranquilizábase el monarca, entregándose con nueva confianza a la prosecución de sus proyectos. Su orgullo no reconocía iguales, y en vista de que los reyes de Texcoco le parecían estorbo para reunir en su mano el mando supremo de la tierra, faltando a la fe en que descansaba la triple alianza, comenzó a poner en práctica cuantos medios le ocurrían para ir debilitando el poder de su colega. No se imaginaba siquiera que al quebrantar la fortaleza de esa triple alianza, menoscababa su propio poderío y se enfrentaría débil en la verdadera lucha, la de los teules, por el mando supremo.

Cuando todo parecía tranquilo, los blancos volvieron llegando hasta las tierras del imperio. No parecía haber solución fácil. Moctecuhzoma, dios humano, estaba próximo a caer y entregar el trono a los teules poderosos.

Pensó en huir, escondiéndose en el paraíso de Cicalco, pero descubierto por el Tepixtla fue obligado a salir y tornar al cumplimiento de sus obligaciones. Por algún tiempo su angustia no reconoció límite, pero cuando las naves se alejaron y parecía que no volverían más, creyó en su necio orgullo que habían obedecido sus órdenes y que jamás tornarían estando

él vivo: "El monarca debía de estar en condiciones anómalas, dimanadas del estado nervioso producido por la vida sensual que llevaba en el trato con sus numerosas mujeres, por su desatentada superstición. Ya con la seguridad de mandar, dió rienda suelta a su odioso despotismo: superior se hizo a los mismos dioses y su tiranía no reconoció límites." (4)

Pero al regreso de las naves y de la manifiesta intención de internarse en el Imperio; el monarca recurrió a las artes de sus mágicos y encantadores a fin de espantar con sus conjuros a los castellanos para hacerlos huir, pero viendo que eran ineficaces, pensó que eran dioses más fuertes que los suyos y por su consejo de ancianos, dió órdenes a los gobernadores de las costas para recibirlos amigablemente, pues temía su enojo.

La duda lo afligía, los recién llegados semejaban hombres por el aspecto y manera de vivir; en derribar los ídolos parecían gentes bestiales sobre las cuales caería la cólera celeste; además, si dioses fueran, no maltratarían a sus hermanos. Pero teniendo en cuenta las profecías, no quedaba la menor duda en ser divinidades; blancos y barbados, venían en animales extraños nunca vistos ni conocidos; con armas incapaces para los simples inmortales, pues encerraban truenos y rayos del cielo; eran pocos y el número de los ejércitos indígenas no los espantaba, "pero seres sobrenaturales debían ser, ya que tenían la osadía de pretender venir a México, y se atrevían a osar contra la majestad del Imperio." (5)

"La conducta de Moctecuhzoma fue la del más imbécil idiota. Informado diaria y constantemente por sus espías de las acciones de los castellanos, pasaba la vida en estúpido aturdimiento; se encerraba en su palacio, triste y abatido a dar rienda suelta a sus femeniles lágrimas; oraba continuamente, macerábase el cuerpo con duras penitencias, menudeaba sacrificios a los ídolos; consultaba a los sacerdotes, cortesanos y astrólogos, y según la respuesta, el consejo o el augurio, mudaba de aviso y de propósito, vacilando y en contradicción consigo propio". (6)

Ya frente a los castellanos, quizá nunca pudo resolver su conflicto con respecto a la divinidad de los blancos, pero sí estuvo consciente de su propia humanidad. De un golpe bajó de las esferas sobrenaturales donde se había colocado, a los estratos terrestres, para convertirse en hombre, y en hombre débil.

En balde fueron para despertar su ardor guerrero la prisión, los grillos, la afrenta de sus hijas y de sus mujeres, la pérdida de sus tesoros, el abdicar de su soberanía para reconocerse súbdito de un príncipe desconocido y extranjero;

mayor que aquellos intereses reunidos, eran su amor a la vida y al ejercicio de una autoridad vilipendiada e irrisoria. La superstición era el vicio dominante en Moctecuhzoma; el sentimiento religioso, el único que podía resonar en su seco corazón; al rey, al caballero, al soldado, se sobreponía el sacerdote.

Con el ataque al teocalli se conmovió profundamente el pueblo; los sacerdotes insultados dentro del santuario, sacudieron su apatía e hicieron hablar a los dioses hasta entonces descuidados y mudos; las divinidades al romper el silencio pidieron guerra y venganza, pero el monarca estaba deshecho por el miedo y los vaticinios, y se entregó dócil al cautivo de los blancos, resignado de su cruel destino.

Ningún rey de los victoriosos de México se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio y en idénticas circunstancias, preferiría salir despedazado a dejarse llevar por sus enemigos. "Moctecuhzoma es una figura innoble". Bajo falsas promesas Cortés no sólo le privó de la libertad, le hizo la afrenta de ponerle grillos, sino que también lo tomaba como vil instrumento para sus fines, y por medios reprobables le hacía entregar a "cuantos sentían arder en el corazón el amor a la patria". Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, don Hernando se hubiera avergozando de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta superchería la aceptaba como agudezas del ingenio. "La prisión de Moctecuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita".

La debilidad y cobardía del que se creyó el más grande emperador del Anáhuac, tenía que tener un solo fin, la muerte a manos de los tan temidos teules.

"Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar a la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia. La tierra le sea leve". (7)

HERNAN CORTES

HIJO de hidalgos pobres, siguiendo las costumbres de la época, fue preciso entroncarle con nobles ascendientes; “como si este varón, hijo de sus propias acciones, no tuviera la más gloriosa ejecutoria en la Historia de México”.

Cuando comenzó la conquista contaba 34 años; edad del entero desarrollo varonil, de la prontitud en las determinaciones, del arrojo para cumplirlas. “Era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; codicioso en demasía; lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar; falaz, cruel en muchos casos. Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme e inflexible; valor a toda prueba, recordando en sus empresas a los antiguos paladines de la Mesa Redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar; ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército, compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas; más de una multitud de gente, muy animosa, es verdad pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas a la explicación, indisciplinada y licenciosa”. (8)

Cuando llegó a nuestras costas, estaba al frente de un rico imperio, que si mucho había dado, mucho más podría producir; dividido el país en facciones, su pequeño ejército sobraba para ir al encuentro del opulento emperador, sostenido y ayudado por los descontentos. Abandonar así las cosas era dejarlas a medio hacer; había aún que añadir el encono de Velázquez y las grandes dificultades que habría al hacer la partición con el sórdido gobernador. Nada más natural que

cambiar la conducta, lo cual venía a ser la consecuencia de la manera con que se separó en Cuba de Velázquez.

Apareció al fin francamente como infiel a sus compromisos. Pero esta perfidia fue merecido castigo para el avaricioso don Diego y la causa de una grande hazaña. En esta circunstancia difícil, como en todas las de interés y responsabilidad, Cortés, que sabía imponer su firme voluntad a sus subordinados, trabajaba diestramente para aparentar ceder a exigencias ajenas, o a ineludibles obligaciones.

Por medio del artificio de la creación del Ayuntamiento, el carácter de la expedición cambió por completo. En el país había una colonia española, en lo absoluto dependía ya Cortés de Diego Velázquez, pudiendo únicamente el rey privarle de su autoridad y revocar sus poderes.

Es ya el Cortés astuto, ingrato, pero político admirable que en todos los pasos de la conquista dejará sentir su habilidad y su reconocido valor. Su primera prueba va a ser, con los recaudadores de Cempoala, burlándose de los indios a más y mejor; pero en verdad, nos dice Orozco y Berra "aquello no era política sino perfidia".

Cuando en Tlaxcala vieron que había que combatir contra una población tan grande, el conquistador siente temor de no contar con las fuerzas suficientes, pero no vuelve sobre sus pasos, sino que sigue con arrojo hacia adelante. Verdadero valor es reconocer la magnitud del peligro y querer arrostrarle. "Pide la justicia declarar, que en aquellas circunstancias don Hernando se mostró muy grande. Evidentemente su resolución no dimanaba de ciega tenacidad. Dentro de él debía haber un impulso superior para empujarle adelante; una voz secreta le hacía cerrar los oídos a todo consejo. Para nosotros, impulso y voz venían de la fe en su causa, de la reproductora de verdaderos milagros en la humanidad; veía en el cielo la estrella cintilante que condujo a Colón a lo largo del inmenso y tenebroso Océano". (9)

A la entrada de Tlaxcala, hacía suponer a los caciques que la sumisión de la ciudad más era magnanimidad suya que cosa por él ansiada y pretendida. En la prisión de Moctezuma, el general tenía formado su proyecto, pero también aparentaba acomodarse a la opinión ajena, a fin de no ser solo en la responsabilidad caso de haberla. La fuerza debe ir siempre unida con el valor y es conveniente demostrarla al enemigo. La muerte de Cuauhpocca en la hoguera "fue un acto bárbaro como todo sacrificio humano".

La conquista en Cortés no fue sólo la lucha contra los indios, sino también la defensa de sus intereses contra los otros españoles. Su defensa eran sus hombres, y les recordó

sus servicios durante las tres expediciones de descubrimientos; las muchas batallas en que habían combatido, con los riesgos y peligros a que se habían expuesto; cuántos sacrificios y guerras habían gastado para sojuzgar la tierra; y ahora de improviso, un intruso, sin provisiones reales, sin derechos "legítimos", se presentaba a quitarles cuanto habían ganado, perdiendo muchos tal vez hasta la vida, según era el encono del caudillo.

En sus aprestos para combatir a Narváez el general traía sus derechos en la ley. "Extrañas costumbres de aquellos soldados, comenta nuestro historiador, pretendiendo ocultar tras los procedimientos judiciales los ardides y enredos, sus violencias y desafueros". (10)

Derrotado después del lloro de la Noche Triste, otro hubiera pretendido abandonar la tierra para salvar la vida. Cortés era heroico. La victoria primero que la vida. "Juzgar de un hombre en la prosperidad no siempre es acertado, porque entonces todos hacen alarde de sus virtudes o pueden fácilmente aparentarlas. La verdadera piedra de toque de las llamas grandes es la adversidad: si la voluntad no se doblaba, si el espíritu no desmaya, si no se extingue la energía, motivo sobrado hay para afirmar, que en el cerebro de semejante hombre se abriga un alma distinguida y bien templada. Observemos sin pasión: Cortés siempre aparece más grande cuando lucha, que cuando vence". (11)

Aún las heridas no cerraban, cuando se volvió al combate. La sagacidad, la experiencia, entraban en juego para vencer definitivamente. No fue fácil, digna ofrenda de Huitzilopochtli los mexica se esforzaban por tomarlo prisionero y en tres distintas ocasiones, vencido, casi le llevaban al altar cuando era rescatado por sus hombres; en otras, su figura destacó sobre las pirámides; figura fatídica para los indios; las plantas del jefe blanco hollaban la santa morada de los dioses. Momentos de vacilación hubo en los soldados, jamás en el jefe. Si tantos milagros se cumplieron, fue por la enérgica voluntad de don Hernando.

"Figura colosal es la de Cortés, que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos; hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy grandes defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle el rostro". (12)

LA MALINCHE

DOÑA Marina fue gran principio para nuestra conquista, prestando muchos e importantes servicios. ¿Sería intérprete fiel de los sentimientos de los pueblos invadidos? Nos asedia la sospecha.

“Aquella mujer, esclava en Tabasco, había sido ludibrio de sus amos, pasando trabajosa vida en su misera condición. Por un acaso, por ella no imaginado, un día pasó a poder de los extranjeros; lavada con el agua de los cristianos, cambió de religión sin entender los deberes de su nueva creencia; entregada a Puertocarrero para su servicio, de esclava de los bárbaros entró a la servidumbre de los blancos.

Su destreza en las lenguas maya y nahoa la hizo indispensable en el trato con los indios; su carácter de intérprete la retuvo al lado del inflamable don Hernando; avisada, inteligente, hermosa, sin los melindres de Lucrecia, la suerte la condujo a partir el lecho de campaña del capitán de los teules.

Considerábanla los invasores lastimando los legítimos derechos de doña Catalina Juárez; respetábanla, adorábanla casi todos los indígenas como a la compañera escogida por los barbudos dioses. En pocos meses se cumplieron tan profundas transformaciones, que debieron trastornar por completo el corazón de la mujer.

Entregada en cuerpo y alma a los extranjeros; con desconocidas ideas despertadas por el orgullo, colocada, según se imaginaba, en encumbrada posición, rompió toda liga con los pueblos de Anáhuac, desconoció su raza; a mengua debía tener el color bronceado.

Por un extraño capricho de la suerte, venía a ser árbitra de los destinos de las naciones invadidas. Pasaban por su boca los discursos de los embajadores, las quejas de los oprimidos, la sumisión de las ciudades, todo linaje de relaciones y noticias; no existía otro medio de comunicación; en estas co-

municaciones no había medio de corregir el abuso; en manera alguna podían ser contradichas las palabras de la intérprete.

Se comprende que por amor y por miedo traduciría de buena fe, en cuanto pudiera alcanzar, los dichos de don Hernando; pero nada nos asegura tomara el mismo empeño respecto de los indígenas. Por torpeza en medir y concertar las palabras, ya que no quiera ponerse desprecio por los vencidos, cariño por su amante, influjo de los aliados de los invasores, bastaba suprimir una frase, cambiar una idea, para hacer de lo blanco negro, disponiendo de esta manera a su antojo de hombres y ciudades; sobrada ocasión le daba la íntima comunicación con don Hernando para influir sospechas, predisponer con buenos o malos consejos". (13)

"Siguió con ánimo varonil toda la campaña; salvóse del desbarato de la Noche Triste, mientras todas las demás mujeres perecieron en aquella infausta jornada, y vio consumarse la destrucción y conquista de México". (14)

CUAUHTEMOC

SUBIO al trono de México el II tecpatl 1520, el joven Cuauhtémoc, undécimo y último emperador de Tenochtitlán. Su nombre significa águila que descendió, como si las señales manifestadas de su nacimiento fueran pronóstico de su futura suerte.

Tenía 25 años y fue el último monarca en cuyo favor alzó la voz el teotecuhtli implorando a los dioses con la oración nacional.

“Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador; subir entonces a rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaban la destrucción y la muerte. El joven patricio, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fue el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctecuhzoma, el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto a pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos”. (15)

Sabedor que la lucha contra el invasor iba pronto a decidirse, buscó alianzas, hizo provisión de armas, aprestó la ciudad para la defensa, pero lo más importante fue templar el espíritu mexicana, juntando a la nobleza y persuadirles de ir a la contienda para defender la religión, la patria, las vidas, honras, hijos y mujeres. A todos confirmó en su voluntad y obediencia, y le prometieron morir en ella.

A falta de mejor enseñanza, Cuauhtémoc seguía la del bravo Cuitláhuac: combatir, combatir sin tregua; sin mirar a las pérdidas, que al cabo el enemigo debería sucumbir al cansancio y a sus propias victorias.

Cuauhtémoc se dividía, aparecía en todos y cada uno de los lugares en donde se le necesitaba; alentaba a su gente, despreciaba al enemigo; no importaban los quebrantos sufridos, junto con su pueblo indómito, peleaba con tanto o mayor brío que en los primeros días. Pero todo ya era en vano.

La ciudad heroica cayó ante el enemigo. En tanto que los débiles huían, los nobles, los guerreros y los sacerdotes permanecían impassibles, ya en las calles y azoteas, ya en los acalli; sobre el reducido espacio que les quedaba, flacos y hambrientos aunque determinados, sobre los charcos de sangre de las pasadas luchas; sobre los montones insepultos y hediondos de cadáveres.

El emperador fue tomado prisionero y conducido ante el conquistador. Don Hernando abrazó al rey con muestras de afecto, pero Cuauhtémoc lo detuvo con sus palabras: "Señor Malinche, he cumplido con lo que está obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que plazca. Toma luego este puñal y mátame con él". (16)

Luego que los mexica y tlutelolca supieron que su señor estaba preso, depusieron las armas, se rindieron y cesó la guerra. El águila había caído. Acercábase la noche. "Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche, mucho más que otras veces". (17)

SEMBLANZA DE LOS HEROES.

SEMBLANZA DE LOS HEROES

XICOTENCATL

“El solo, en todo su pueblo, se mostró patriota, manteniéndose firme contra los invasores; logró con su valor detener por algunos días la carrera victoriosa de los blancos, y cesó de combatir cuando no tuvo quién le acompañara al combate. Derrotado de continuo, no conoció el desaliento, volviendo a la pelea con doblado entusiasmo.

Heroicos eran los civilizados acometiendo la inmensa muchedumbre que los rodeaba; pero mayor y de mejor temple era la heroicidad del bárbaro, luchando contra la fortuna, la debilidad de sus compatriotas, contra los dioses invencibles y sus abrasadores rayos.

Libre de las preocupaciones vulgares, leyó en el porvenir las desgracias que a su patria amagaban y quiso conjurarlas; loables y meritorios fueron sus inútiles esfuerzos; si la fama no le ha pregonado cual debiera, es que la complaciente deidad sólo alaba a los triunfadores”. (1)

(1) *Historia Antigua y de la Conquista. Tomo IV. Pág. 192.*

CUITLAHUAC

Libre de las preocupaciones de su pueblo, no vió jamás con reverencia a los pretendidos hijos de Quetzalcóatl; tratólos siempre con desconfianza y ceño, siendo su voto constante, como consejero, no dejarlos penetrar en el imperio, ni menos recibirlos de paz en México; en esta conducta se mostró patriota y previsor.

El roce inmediato con los blancos debió afirmarle en sus juicios, encendiendo en su pecho un rencor que sólo debía extinguirse con la muerte. Ayudó a Cacama en alentar a las tribus contra los extranjeros, valiéndole estos manejos ser llevado al cuartel y amarrado a la cadena gorda. En mala hora Cortés lo puso en libertad; al breve tiempo los guerreros mexicanos tomaban las armas y conducidos por el bravo caudillo atacaban furiosos la fortaleza de los teules.

Con desprecio de las armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió en primera fila hasta arrojarlos de Tenochtitlán, desbaratándolos en los puentes; cautivó a los castellanos retraídos en el cuartel y lanzó la multitud de los escuadrones a los campos de Otonpan, en donde, más por la fortuna que por la destreza, fue vencido.

Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya después de los pusilánimes desaciertos del imbécil Moctezuma.

Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes al paso de los invasores; casi siempre era derrotado, y, sin embargo, volvía a la carga; estas derrotas eran ya necesarias, pues el invasor estaba solo, teniendo a su lado la muchedumbre de los traidores a la patria.

La fama no ha sabido tejer un cumplido elogio de este monarca azteca, proviene el olvido de haber pertenecido a los vencidos y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un

lisonjero, (Solís) se atrevió a estampar estas palabras: “vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre”. No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos le despreciaron como a bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste”. (1)

NOTAS AL CAPITULO 'LOS PERSONAJES DEL DRAMA'

- (1) *Historia Antigua de la Conquista. Tomo IV Pág. 424. III. Pág. 368.*
- (2) *En el hecho, ocurrió doble prodigio: que la piedra no permitiera (a pesar de los esfuerzos de innumerables hombres), que la llevaran a México, y otro que pudiera transmitir sus pensamientos a los sacerdotes, revelándoles que el cumplimiento de las profecías era ya cercano.*
- (3) *HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA. Tomo III. Pág. 407.*
- (4) *Ibid. Tomo IV. Pág. 48*
- (5) *Ibid. Pág. 140*
- (6) *Ibid. " 224*
- (7) *Ibid. 381*
- (8) *Ibid. 73*
- (9) *Ibid. 189*
- (10) *Ibid. 333*
- (11) *Ibid. 409*
- (12) *Ibid. 644*
- (13) *Ibid. 105*
- (14) *Ibid. 107*
- (15) *Ibid. 426*
- (16) *Ibid. 546*
- (17) *Ibid. 546*

**LOS TEMAS CANDENTES DE
LA CONQUISTA**

LOS TEMAS CANDENTES DE LA CONQUISTA

EL ENCUENTRO EN EL FUERTE DE XOLOC:

“En México se pusieron en presencia dos razas sin afinidad alguna: los vencedores eran superiores por el saber, la religión y las costumbres, despreciables para ellos los conocimientos indios por pertenecer a salvajes, horrorizados de aquel culto sangriento, atentos únicamente a extirpar lo antiguo para implantar la nuevo, natural fue que, midiéndolo todo con el mismo rasero, se apresuraran a aniquilarlo todo, por inútil y repugnante”.

**Hist. Antg. y de la Conq'
Tomo IV Pág. 259**

1.—La destrucción de las naves.

Sobre este tema, Cortés y sus compañeros hablan, para Orozco y Berra, en una forma tan natural, tan tranquila, que se desprende consideraban el asunto sólo bajo el lado práctico: quitar ocasión de huida, reunir a la marinería con la armada, para darle mayor fuerza; y obligar a los descontentos a prestar su apoyo a la causa común, en vista de que no podían regresar. Por lo que se refiere a las naves, la medida era de las más aconsejables, pues los mares intertropicales las inutilizaban en breve tiempo; con la jarcia, clavazón y todos los demás objetos de que fueron desmanteladas, se podían volver a construir en vista de que la madera abundaba y contaban con buenos carpinteros.

A pesar de estas reflexiones, la determinación de todas maneras fue un rasgo de verdadera valentía. "Se habían menester resolución firme, voluntad inflexible, valor indomable, desprecio completo del peligro y de la muerte, para romper toda comunicación con el mundo conocido y quedarse aislados, en compañía de sus jurados enemigos, delante de lo probable o desconocido; en esto nada puede caber de vulgar o mezquino. (1)

2.—La matanza de Cholula.

Tuvieron los papeles más importantes en este suceso, los tlaxcaltecas, enemigos irreconciliables de los mexica y la intérprete doña Marina. Los blancos fueron simple instrumento de ellos.

Los aliados desfiguraron los hechos, abultando los síntomas, azuzando a los castellanos. Tomando en cuenta la adhesión que los mexica tenían a sus superiores y el desprecio con que recibían la muerte en cumplimiento del deber; es muy sospechoso que a las primeras preguntas, todos los principales, nobles, capitanes, sacerdotes y mujeres, confesaran fácilmente que tenían una conspiración.

Además, la intrigante doña Marina, traducía lo que le placía, inventando la historia de la vieja que la quería para esposa de su hijo, tan sólo para encender los celos de Cortés.

Los aprestos de la guerra en Cholula eran precauciones naturales en una ciudad que iba a ser invadida no por los blancos, sino por sus mortales enemigos, los de Tlaxcala. El mismo Moctecuhzoma, con su manera de actuar torpe y poco leal, nunca se aventuró a entrar en combate o conspiración contra los teules; le urgía mucho más tenerles lejos de la capital.

“De todas maneras, Cortés se mostró duro en demasía; los soldados y los aliados, despiadados y rapaces. Sea cual fuere la versión admitida, la matanza de Cholollan fue más inhumanidad que valentía”. (2)

3.—La Matanza del Templo Mayor.

La bárbara matanza del templo mayor debe cargarse a la cuenta personal de Pedro de Alvarado, "el capitán más rapaz y despiadado que vino a la conquista".

Se atribuye la intriga a los tlaxcaltecas, que estaban contrariados porque en la celebración iban a ser sacrificados algunos de sus compatriotas; y con el deseo de vengarse de sus enemigos, dijeron al Tonatiuh que bajo pretexto de la festividad, los mexica pretendían alzarse, dando muerte a los teules.

Ocasión propicia pudo parecer aquella al capitán: caer sobre una reunión desarmada, pasar a cuchillo a los jefes principales de los pueblos, para dejarlos sin dirección ni defensa, al mismo tiempo que sacaría cuantioso botín.

"Bajo cualquier aspecto que se mire, aquella acción fue horrible atentado. Si se supone por móvil la codicia, es un acto de escandaloso bandolerismo. Admitiendo el deseo de aterrar a los indios, para prevenir una insurrección, es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja. Ante esta matanza, queda pálida la de Cholallan. Fue un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario; dió principio a esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos". (3)

4.—La Noche Triste.

Lo que ocasionó la derrota es comprensible. “Falta militar, fue, en nuestro concepto, salir de noche y lloviendo”.

Cuando don Hernando había hecho el día anterior una salida, a pesar de no haber usado toda su fuerza, pudo abrirse paso hasta la tierra firme; en cambio, en la oscuridad, por un lado dejaba sentir el miedo que los blancos tenían de ser vencidos por los indios; y además, con la calzada estrecha, quedaban imposibilitadas la caballería y las armas de fuego que eran los elementos más importantes en la lucha con los mexica. La infantería no pudo guardar la disciplina militar aconsejada, porque se mezcló en confusión con las mujeres y el bagaje.

“Nótese que los jefes no se portaron todos con su acostumbrada bizarria, echándoseles de menos al frente de sus respectivas divisiones. El oro los mató también, marchaban demasiado cargados del codicioso metal para estar listos a combatir o franquear obstáculos”. (4)

Fue una falta imperdonable la de Cuitláhuac no haber perseguido a los blancos hasta exterminarlos y consumir su victoria, aunque es explicable que prefiriera acabar primero con los enemigos refugiados en la ciudad, y dejar inexpugnable la calzada a fin de evitar la salida de los unos y la vuelta de los otros.



5.—La Toma de Tenochtitlán.

“La vez primera que los blancos llegaron a la orilla de los lagos, México era señora altiva del Vale y de la tierra; rica, poderosa, temida; ahora estaba quebrantada por todo linaje de calamidades; insurreccionadas sus provincias, estrechado su poderío a un pequeño territorio, y todavía iba perdiendo unos tras otros a sus menguados hijos. Había salido miserable del fango de unos desiertos islotes y por la conquista se había hecho opulenta; en sentido contrario de cual antes se extendía, ahora se estrechaba, para desaparecer por la conquista, también entre los carrizales del lago”. (5)

El paso del conquistador lo señalaban las ciudades incendiadas y un reguero de sangre. Los mexica en incansable batalla, “siempre desbaratados, pero nunca vencidos”, defendían los escombros humeantes de las casas, y al retirarse los blancos cargaban bravíos y tenaces, sin importarles nada dejar la vida si podían causar un leve daño. A la guerra y al hambre vino a hacer compañía su hermana la peste; se moría por mano del enemigo, por falta de pábulo a la vida, por el contagio. “¡Pueblo heroico que ha sido despreciado a pretexto de ser bárbaro!”

Combatieron y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más de ruinas; cuando no encontraban dónde poner el pie, pues el suelo estaba literalmente cubierto de cadáveres y despojos sangrientos y hediondos, que hacían insoportable el lugar; cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados; cuando no tenían armas, ni varas ni piedras y quedábanles sólo el macahuitl y la rodela que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo; cuando los gritos de guerra, los alaridos de los vencedores, el lloro y la grito de las mujeres, llenaban de angustia y de azoro el corazón; cuando estaban desamparados hasta de sus men-

tidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros a la hora de cumplirlos. No era una batalla, sino un degüello.

“Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, inspira respeto y entusiasmo la noble figura del rey Cuauh-témoc”. (6)

En cuanto a los blancos, en escasísimo número, sin verdadero lazo de unión con sus aliados; perdidos entre la multitud de guerreros que les ayudaban, empeñados en lugares de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos; se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar.

“Hombres de hierro, pelearon día y noche, vestidas de continuo las armas, expuestos a la intemperie; sin desmayar por los obstáculos, sin que pensarán que acometían una empresa descabellada, sin que nunca hubieran dudado de su suficiencia para tamaña obra”. (7)

“Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte a las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes; más tiempo, mayores elementos hubieran sido indispensables. Don Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió a los indios con los indios; al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultadas su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo”. (8)

**NOTAS AL CAPITULO
"LOS TEMAS CANDENTES DE LA CONQUISTA"**

- (1) *HISTORIA ANTIGUA Y DE LA CONQUISTA. Tomo IV. Pág. 155*
- (2) *IBID. Pág. 221*
- (3) *IBID. " 360*
- (4) *IBID. " 392*
- (5) *IBID. 434*
- (6) *IBID. 548*
- (7) *IBID. " 550*
- (8) *IBID. 550*

f

LA DOMINACION ESPAÑOLA

1

LA DOMINACION ESPAÑOLA

“¿Quién sois? ¿De dónde venis? ¿Qué buscáis? ¿Para qué venis de tan lejos? Por ventura en la tierra donde nacisteis no tenéis qué comer, ni beber sin que vengáis a conocer gentes extrañas? ¿Qué os hicieron los mexicanos que estando en su ciudad los destruisteis?”

**Hist. de la Dom. Esp.
Tomo I Pág. 8**

LAS DOS ESPAÑAS

En la dominación de México, existieron dos Españas: La Grande, la Madre Patria, que veía a los naturales como a sus hijos desamparados a quienes debía proteger. Sus disposiciones fueron justas y bondadosas aunque dentro de los límites humanos. Ella se empeñaba en elevar a los indios del carácter servil a la calidad de ciudadanos, en vencer las resistencias que contra su cumplimiento se levantaban; luchando contra los malos manejos de autoridades distantes, difíciles de ser bien vigiladas; y combatiendo los informes exagerados o falsos de las personas interesadas en mantener y agravar los abusos.

La otra España era la del Nuevo Mundo, la mísera. La de los malos gobernantes y los colonos codiciosos y de bajas pasiones. En la colonia las mejores disposiciones se transformaban en nocivas, a causa de la distancia que la separaba de la metrópoli, por los intereses bastardos, porque "se rechazaban las dos razas que como hermanas debían partirse el suelo", ya que no se puso empeño en fundir cual se debiera a las dos en una sola. Los defensores de los indios nada podían contra los colonos, que cargaban a cuenta de los vencidos, no sólo sus verdaderos defectos, sino vicios y crímenes espantosos, llegando hasta poner en duda que fueran seres racionales.

En la dominación continuaron las expediciones de conquista que ensanchaban los límites de la colonia. Los colonos aumentaban considerablemente, pues la fama de las proezas en la Nueva España y la riqueza de la tierra, atraía a gran número de voluntarios, con la esperanza de enriquecerse con poco trabajo. Sin embargo, habían pasado los tiempos en que los castellanos se empeñaban en expediciones aventuradas y riesgosas, por sólo el amor de la gloria y de lo maravilloso. Conforme transcurría el tiempo, "comenzaba a desaparecer el espíritu arrojado y caballeroso de los primeros conquista-

dores, comenzando a brotar el germen del egoísmo, fruto de la paz y de las comodidades". (2) Los soldados rehusaban partir mientras no supieran las gratificaciones de que disfrutaban y las remuneraciones que recibirían.

Las instituciones organizadas en la Nueva España, fueron un fracaso. La encomienda, entregaba al indio en condición peor que la del esclavo. La servidumbre de los encomenderos era más insoportable que la de los caciques.

Bajo el mando de sus señores naturales, progresaban; bajo el régimen de la encomienda, se extinguían. El mal trató de remediarse cambiando de organismo. Las congregaciones causaron distinto daño. Mediante ellas, el indio gozaba de su libertad y era protegido por las leyes, aunque de hecho continuaba esclavo. Como legalmente disfrutaban de sus antiguas posesiones, el blanco codiciaba sus tierras y las congregaciones dieron por resultado que se hiciera un nuevo abuso, un nuevo reparto del suelo, en que fueron considerados los castellanos que no pertenecían a la descendencia de los primeros conquistadores y no eran propietarios. Con los repartimientos, el indio dejó de ser servil para convertirse en asalariado, pero sin dejar su desgraciada condición, y sucumbiendo en trabajos forzados y excesivos.

"Es verdad que los indios por sólo la promulgación de estas leyes, no quedaron libres de todos los gravámenes antiguos, y cambiaron al punto de condición; porque en las colonias españolas los perversos embotaban la benignidad de las leyes; pero era ya un gran paso que la esclavitud de los vencidos no estuviera ya en los códigos, y que los gobernantes si no lo cumplían, estuvieran al menos obligados a cumplir con un precepto que igualaba al vencido y al vencedor: un fenómeno inexplicable hubiera sido, que la ley hubiera hecho desaparecer al punto mismo todos los abusos". (2)

La ignorancia, junto con la miseria y la explotación era otro de los compañeros imperecederos del indígena. No hubo el desarrollo intelectual suficiente para que llegara hasta el pueblo bajo la civilización. "Esto explica por qué la colonia no se movió para recobrar sus derechos como en 1810, y permaneció indiferente sin tomar parte alguna en la guerra que devoraba la metrópoli; no tenía aún bastantemente el sentimiento de su propia causa y el nombre del amo le importaba poco supuesto que había de seguir en la misma esclavitud: no tenía allí interés alguno comprendido qué defender". (3)

Se ha llegado a decir que aquel régimen era mejor que el que ha traído la independencia, "porque entonces, si no tenían derechos, que ni entendían ni sabían gozar, gozaban al menos de sus bienes y vivían sin los gravámenes que hoy tienen en cambio del vano título de ciudadanos: eso es pensar por hoy.

Si la libertad quitó a los indios sus bienes materiales, los puso en cambio en el camino de la perfección moral; en lo antiguo las generaciones de ignorantes se perpetuarían indefinidamente sirviendo de carga al país, de obstáculo permanente, teniendo que remolcar en su carrera una masa inerte, improductiva e inútil; hoy, si los indios nada han ganado en nuestras continuas revueltas, ellos, sus hijos, sus nietos, otros de sus descendientes, llegarán a ver la luz; perderán su rusticidad, sus bárbaras costumbres, se fundirán en el cuerpo de la nación, seguirán el movimiento común y formarán parte de las generaciones productivas que concurren a la civilización, objeto de la Santa Providencia. En aquellos remotos días se verá cuánto vale la libertad, de cuánto peso es el nombre del ciudadano; no a nosotros que mal apartados del espíritu, ciegos para no ver sino nuestra conveniencia, contamos nuestra felicidad por las piezas de moneda guardadas en nuestras arcas. Egoísmo, sólo egoísmo, y bajo su influjo calculamos; sin mirar que el afligido estado presente es el tránsito para otro mejor; que no está lejos, aunque nosotros no seamos quienes lo gocemos. Ningún pueblo puede prosperar con sólo el elemento de la riqueza; nosotros lo hemos tenido en demasía y a fe que nos empobrecemos y aún no hemos sido la nación más grande de la tierra". (4)

NOTAS AL CAPITULO "LAS DOS ESPAÑAS"

- (1) *HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA. Tomo II. Pág. 71.*
- (2) *IBID. Tomo III. Pág. 101.*
- (3) *IBID. Tomo IV. Pág. 11.*
- (4) *IBID. Pág. 245.*

LOS NEGROS

Es curioso que Orozco y Berra, liberal, ardiente defensor de los indios no abogue por los esclavos negros, más aún, le parece que era muy natural que existieran y les da poca importancia, por su número. Menciona que fueron pocos los que se introdujeron y fueron los iniciadores de las diferencias etnográficas clasificadas con el nombre de castas. Su trato era “el mismo inhumano y feroz que en los demás países en donde existían”, y aunque maltratados, “lo eran mucho menos que lo son actualmente en los Estados Unidos”. Las familias poderosas eran las únicas que los poseían más como ostentación que como lucro y si había algunos tratados dura y cruelmente, “lo eran conforme lo exigían las creencias y las costumbres de la época”. (1)

(1) *HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA. Tomo III. Pág. 93.*

LA RELIGION

Cuando llegaron los primeros frailes franciscanos, los españoles les hicieron un gran recibimiento; sumisos, se postraron a sus pies y les besaron las manos. "Fuera de lo que tuviera de sinceridad aquella manifestación de los castellanos, la lección debió grabarse profundamente en el ánimo de los naturales; los conquistadores, los fuertes, los teules, se humillaban profundamente ante aquellos hombres pacíficos y humildes; muy superiores debían de ser y muy poderosos.

Con el tiempo, y aunque no continuaron, las muestras de reverencia por parte de los conquistadores, los primeros misioneros se acreditaron por sí solos, demostrando sus virtudes, el desprecio que sentían por el oro, las mujeres y las vanidades; y al convertirse en defensores de los indios contra la tiranía y la violencia, y en maestros amorosos de una nueva cultura y nueva religión, los naturales les profesaron ardiente cariño y profundo respeto, a través de muchas generaciones.

La tarea evangelizadora fue difícil, porque su labor era contraria al estado de violencia que reinaba en el país; la doctrina que impartían era opuesta a las malas costumbres; y en muchas ocasiones los frailes tenían que entrar en lucha con los conquistadores.

Los colonos ante la presencia de un mundo nuevo y horrorizados por las prácticas sangrientas de una raza tan distinta de la suya, habían establecido el criterio de que los indios no eran hombres, probablemente para tener la libertad de apoderarse de sus bienes y reducirlos a la esclavitud sin estar obligados a la compasión ni a la responsabilidad. "Pero era muy extraño que quienes predicaban que los vencidos no eran hombres, los persiguieran hasta darles muerte por idólatras; porque ¿a qué fin este castigo si no eran capaces de comprender los dogmas de la religión siendo bestias? El mismo crimen tenían entonces los perros y los caballos". (2) Era

sólo un pretexto, una ofuscada explicación para solapar sus pasiones.

Los indios en general se mostraban dóciles en aceptar las doctrinas, pues muchas de las ceremonias religiosas les recordaban sus propias prácticas; sin entender completamente el nuevo simbolismo. La misma cruz les recordaba el emblema de Quetzalcóatl. La misa, las ceremonias santas, dichas en una lengua no entendida y misteriosa les permitía imaginar significados o bien identificarla con la también misteriosa religión de sus mayores.

Los misioneros miraban siempre a los que se oponían a sus dogmas, como hombres ganados por el diablo y nunca recapacitaron que podría haber creyentes de buena fe en la religión contraria; y que era natural que celosamente defendieran sus costumbres y tradiciones. En esta verdadera lucha contra el demonio, arrasaban teocalis, edificios, estatuas, códices. Su celo apostólico, no tuvo entendimientos con las muestras de cultura y arte que pudieran apreciar en lo destruido. Por eso se les ha censurado que no hubieran conservado monumentos y fuentes que hoy serían preciosísimos para estudiar esa civilización. "No podían portarse como anticuarios... sin conocer aún la lengua de los vencidos y por consiguiente sin medios para entenderse francamente con ellos; ignorando el significado de unas pinturas iguales todas en apariencia por el estrambótico y mal diseño, nada más natural que al quebrar el ídolo y derrocar el templo, destruir cuanto en éste se encontrara, ¿hubiéramos obrado nosotros de distinta manera?... Nosotros no aplaudimos, explicamos" (3)

Pasada la primera época, los frailes y clérigos fueron participando cada vez más de la vida social, económica y política del nuevo reino. Si se excedían en el uso de sus facultades, tocante a la jurisdicción de sus tierras, el gobierno lo disimulaba en bien de la adoctrinación de los naturales, máxima ambición de los soberanos españoles.

Los cristianos, por el espíritu religioso de la época, daban cortas o cuantiosas limosnas, y con las sumas que se reunían, las órdenes religiosas no sólo tenían lo suficiente para su comodidad y sustento, sino que siempre contaban con algunos capitales que los hacían reeditar por medio de préstamos e hipotecas. Tomando en cuenta que la agricultura no se había desarrollado tanto por la feracidad del suelo como por la apatía y flojera del mexicano, el sistema de hipotecar la tierra llevaba más bien a la ruina de los pequeños propietarios y a incrementar el caudal de la Iglesia.

La Inquisición y los jesuitas vinieron a dar un impulso vigoroso a la religión dentro de la Colonia. El Santo Tribunal "que nacido humildemente llegó en el tiempo de su mayor

pujanza a creerse superior a los poderes políticos" (4) ejerció extraordinaria influencia. Antes de su llegada no se sabía si había en el país algún indio o hereje, todos convivían en paz; pero en cuanto arribó, se descubrieron los sectarios que fueron castigados sin misericordia. Las ideas religiosas ya no se practicaron como apego a la verdad, sino como una necesidad para no morir; empezando unos tiempos en que con pretexto de herejía se podía tomar venganza. Se llegó el caso de hacer "uno de aquellos espectáculos bárbaros en que a nombre del Evangelio se sacrificaba a los hombres: a los resentimientos de unos jueces tenebrosos, o a la superstición e intolerancia del siglo". (5) Era mezcla de función religiosa y de diversión pública. Sin embargo, es deber aclarar que la Inquisición en México, fue mucho menos cruel que en otros lugares.

Los jesuitas por su parte, eran hombres de capacidad e instrucción, y hábiles en la política del gobierno y la sociedad. Se apoderaron de la enseñanza de la juventud, pues estaban seguros que educando a los jóvenes más distinguidos su influencia sería eficaz, duradera y tendrían enorme poder. Sin embargo, quitando su continuo afán de engrandecerse, hicieron "gran copia de bienes".

"Así era que el elemento religioso predominaba superabundantemente, teniendo el político que crecer a su sombra y bajo su protección so pena de ser desconocido y aún burlado". (6)

En la generalidad del pueblo, dadas las dificultades que existían para la evangelización, los choques por ambición entre clérigos y religiosos y la falta de comprensión a las leyes dadas sobre este respecto por los soberanos, se puso más cuidado en las prácticas exteriores que en que la doctrina penetrara en el cerebro y en el corazón. "De aquí resultó un pueblo apegado a las ceremonias religiosas sin la práctica de las virtudes; especie de ídólatras más entretenidos en el ruido y en el esplendor de las fiestas, que en penetrar y poner en acción los preceptos... confundió el dogma con las formas exteriores, creyó con ceguedad y no con fe". "De aquí nuestras costumbres paganas hasta cierto punto si se me permite la expresión, funciones en que el lujo suple a la inteligencia de los misterios; tumulto y ruido cuando el corazón está vacío, y gastos frívolos o inútiles invertidos en dar solaz y aún motivo de excesos al pueblo, sin que la Divinidad tenga en ellos digna ofrenda". (7)

NOTAS AL CAPITULO "RELIGION"

- (1) *HISTORIA DE LA DOMINACION ESPAÑOLA. Tomo I. Pág. 103.*
- (2) *IBID. Pág. 112.*
- (3) *IBID. Pág. 126.*
- (4) *IBID. Tomo III. Pág. 5*
- (5) *IBID. Pág. 46.*
- (6) *IBID. Pág. 6.*
- (7) *IBID. Págs. 97-99.*

LA CIVILIZACION ANTIGUA

LA CIVILIZACION ANTIGUA

“Según las personas que les vieron, aquellos pueblos eran bien proporcionados de cuerpo, delgados de carnes, ágiles, buenos corredores; negros los ojos, negro el cabello y lacio; el color cobrizo, las facciones regulares; aspecto agradable, aunque un tanto triste y desconfiado; las mujeres, de talla mediana, movimientos graciosos; bien agetadas en general, hermosas muchas; de pie extremadamente breve. Los sentidos perspicaces, y más ejercitados la vista y el oído. Afeaban y perdían aquellas dotes naturales, las mujeres por el uso de algunos afeites; por llevar Nacochtli o pendientes muy pesados, que les hacían las orejas muy deformes; porque las penitencias pedidas por el ritual les dejaban cicatrices y lacras; los hombres por embijarse para salir a la guerra, por desfigurarse el labio, horadándose para llevar el Tentetl o distintivo guerrero; porque, por los zarcillos y los sacrificios, tenían las orejas largas, aspadadas y con excrecencias. (1)

Su organización estaba basada en la religión, en el sostenimiento de las leyes y conservación de las costumbres. Para solucionar todos los demás problemas, sin tener los medios necesarios al alcance, daban rienda suelta a la imaginación, “y a falta de verdades reconocidas, se conformaban con mentiras manifiestas”. (2)

CIENCIAS, ARTES Y COSTUMBRES

Tal parece ser que anteriormente a la venida de los españoles, hubo comunicación entre el Nuevo y el Viejo Continente. La teoría se asienta en la necesidad de un solo origen del hombre. El contacto fue con Asia, a través del Estrecho de Beringh. Cuando existieron pasos naturales, se verificaron verdaderas emigraciones; hombres, lenguas, costumbres, civilización, fueron comunes. Pero rotas las comunicaciones, la familia americana no recibió ya influencias externas, y quedó reducida a su propio esfuerzo y bajo las condiciones especiales, biológicas y topográficas, de la tierra. Crearon así los pueblos americanos, su civilización propia, con características originales.

La cultura americana se fue perfeccionando, pasando por los grados naturales, pero no podemos seguir su desarrollo gradual, saber con exactitud de sus influencias, por falta de datos. "Salta de súbito a los ojos, entera y armada, cual salió Minerva del cerebro de Júpiter. Aquí están las obras, allá los monumentos; pero sin historia, sin siquiera el nombre del pueblo constructor; es un cementerio en que las lápidas carecen de inscripción, borradas por la corriente de los siglos". (3)

Los filósofos mexicanos profesaban la doctrina monogenista, reconociendo a todos los pueblos del imperio, cualquiera que fuesen sus diferencias etnográficas, como venido de un solo tronco: la pareja que se había salvado del diluvio en el Atonatiuh. Antes de la anegación, existió el caos sin tiempo y sin luz en donde vivieron sólo los dioses; después de ella, los tiempos y hombres actuales "El pasado tenebroso, confuso; el presente luminoso y entendible". (4)

Admitían la fuerza del hado y el influjo de los cuerpos sublunares sobre las acciones humanas. Sin embargo, esto no era inflexible como con los griegos, el mexica podía evitar y superar las predicciones mediante educación acertada y sacrificios a los dioses. Los augurios dichos a los recién nacidos, no

los exponía a ser separados de la sociedad, sino a prepararlos y atenderlos para salvar sus designios.

El pueblo estaba entregado a las supersticiones, en donde hacían el papel principal, los hechiceros. Despreciados y perseguidos, vivían aislados haciendo maleficios que dictaba su encono. Tenían el poder de transformarse, mediante las palabras mágicas, en todo género de animales o personas; y muchas veces usaban el terror que inspiraban, para poder robar.

Su escritura, gráfica, era capaz de expresar tanto las cosas materiales como las abstractas. La falta de conocimientos de los caracteres hace que “no podamos acertar, cual se debiera, a formar juicio en esta materia. Pero debemos huir del ejemplo de quienes no atinando en cosa oscura le dan por inútil o absurda, para ocultar su propia incapacidad”. (5)

Las leyes tenían un carácter draconiano. Como el pueblo estaba acostumbrado a resistir los dolores físicos y a ver con desprecio la muerte, los castigos eran duros, sin tener en cuenta las causas exculpantes y la proporción con el crimen. Se castigaba sobre todo el robo, la incontinencia y la embriaguez; y se daban penas de muerte, esclavitud, destierro o confiscación de bienes.

Caían bajo la esclavitud, por guerra, ley o voluntad, pero el hijo era libre. El esclavo podía recobrar su libertad, si estando en el mercado lograba burlar la vigilancia de su amo y cumpliendo el ceremonial se presentaba al juez. Ninguna persona que lo viera huir podía impedirselo, porque estaba condenado y entonces era ella la que perdería la libertad. Podían redimirse por matrimonio, cuando el amo se enamoraba de la cautiva o cautivo, o cuando podían comprarse ellos mismos antes de su segunda venta. Lo mismo si podían entrar en el palacio a casa de los reyes, o cuando el amo moría y por sus señalados servicios les heredaba su libertad.

Eran pueblos ceremoniosos, todas sus relaciones estaban sujetas a reglas que constituían su código de urbanidad. En cuanto a las artes, “podemos asegurar que conocían todas las necesarias para satisfacer sus necesidades y gustos. De algunas tenemos conocimiento por las muestras que dejaron: arquitectura, escultura, pintura, aunque no de todas podemos hacer justas apreciaciones, por apartarse, en consideración a simbolismos, de los cánones de belleza que nos rigen.

Por lo que respecta a las ciencias, no sabemos cuáles nociones alcanzaron en la geometría, lo sospechamos por la regularidad de las esculturas, la simetría del trazo y la división del círculo, así como la distribución correcta de la línea en los apuntes astronómicos. No alcanzaron la escala, pues no la tienen sus planos geográficos y topográficos, pero sabían dividir los terrenos, limitarlos para distinguir las pro-

piedades, lo cual implica recursos para determinar los polígonos y evaluar las superficies.

De acuerdo con sus conocimientos geológicos, el agua del mar penetra hasta la tierra por una especie de caños o venas que hay debajo de ella y al filtrarse entre las arenas y las piedras, para presentarse en forma de fuente, pierde la sal y el amargor, convirtiéndose en dulce y buena para beber. Puede salir llanamente, en forma de manantial; hacer hervir la arena, o intermientemente, como agua vergonzosa. (Ameyalli, Xalatl y Pinahuatl).

En las nociones astronómicas, los adelantos eran superiores. Como todos los pueblos de la tierra observaron los cuerpos celestes para que su movimiento les sirviera de comparación para medir el tiempo. El intento y resultado del calendario azteca es el mismo que el del juliano: los mismos 365 días en el año con la intercalación de uno más cada cuatro, como todavía se conserva en el calendario yucateco.

En México, a semejanza de lo acontecido en Egipto, en Grecia y en otras naciones, los sacerdotes monopolizaban las ciencias y la religión. El pueblo no era sabedor sino de las cosas vulgares, apartado de la iniciación sacerdotal, juzgaba por su ceguedad y admitía consejas absurdas. Durante la conquista perecieron los tlamacazque defendiendo valerosamente sus teocallis; con ellos pereció la ciencia antigua. Cuando los entendidos misioneros quisieron recoger las noticias de los pueblos conquistados, generalmente sólo pudieron consultar con los ignorantes. Si algún sacerdote escapó a la matanza, ocultaba pertinazmente la clase a que pertenecía, y si era descubierto y preguntado, debía tener empeño en no revelar los secretos, tratándose de conquistadores y de enemigos de los dioses. La verdadera ciencia azteca desapareció sin remedio". (6).

No se podrá juzgar la verdad de las ciencias y artes indígenas, hasta que nuevos descubrimientos y la lectura de pinturas y códices nos de luz a muchos aspectos.

RELIGION

RELIGION

Tenían la unidad religiosa. Teotl es la idea abstracta de “un ser supremo, invisible y eterno, al cual no representaban en forma alguna”. Aunque sus religiones son politeístas, de todas maneras presentan una marcada tendencia hacia la unidad. Cada nación reconocía un dios principal y a él estaban subordinados los demás: No se puede clasificar la religión bajo ningún sistema, en vista que se mezclaron todas las divinidades de los pueblos amigos o vencidos. Las representaciones de sus dioses eran horribles, carecían de belleza artística, pues eran concebidos con simbolismos fantásticos. Debían demandar miedo más que respeto. Pero como presidían todos los actos de la vida indígena sus encarnaciones, eran moralistas.

“Los dioses mexicanos, atentos cada uno al desempeño de sus obligaciones, no tenían espacio para entregarse a pasatiempos: si menos poéticos mucho más morales que las divinidades griegas, no se ocupaban en fraguar incestos, seducir a las libres y manchar el tálamo de las casadas. Los númenes aztecas carecían de esposas; las diosas eran sólo sus compañeras. Sin embargo, algunas deidades presidían al amor, aunque no con la repugnante desnudez de la Venus hermafrodita”. (7)

“En el panteón azteca, concebido por pueblos bárbaros pero moralizados, los dioses se mantienen en un casto decoro; ningún varón anda descubierto, ninguna hembra enseña lo que no permiten las costumbres: tienen el sello que les pusieron imaginaciones adustas, severas, atrasadas; fáltales el insolente descaro de eso que absurdamente se llama refinamiento de civilización”. (8)

Siendo la religión propiamente mexicana una deidificación de la guerra presidida por Huitzilopochtli y sus cruentos hermanos, el culto más importante era el sacrificio, y sobre todos, el sacrificio humano.

En virtud de la trasmutación que la víctima tenía al ser

inmolada comían la carne “no por ser codorniz, culebra u hombre, sino porque era una sustancia santa”. Era comunión física así como el tzoalli de que formaban el cuerpo de Huitzilopochtli les servía, desmenuzada, para su comunión mística. No podía ser un acto de puro canibalismo. El comer carne humana es abominable. “Pero, ¿no existe diferencia alguna entre quien la come por el vicio, por placer, por costumbre, porque hace de ella la parte principal y constante de su alimentación y quien sólo la come en ciertas y determinadas ocasiones, permitidas por la ley y prescritas por el culto? No, se responderá; la razón anatemia el hecho bárbaro de tocar la carne del hombre, y no aminora el crimen la cantidad tomada por alimento, ni el disfraz con que se la encubra. Sin pretender clasificar los diversos géneros de antropofagia, insisto en que es más viciosa y repugnante la conducta del caribe, del canibal, que andaba a caza de hombres para devorarlos, que la de los mexicas comiendo únicamente por sentimiento religioso, la carne de las víctimas inmoladas a los dioses”. (9) Además, no era una práctica universal, no todos llegaban a comer la carne humana, sólo alcanzaba a la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo o cautivador del prisionero con sus amigos y parientes.

“En cuanto a mí, voy más adelante. Prefiero la víctima humana, a la ausencia de Dios y de su altar en el sistema del ateísmo: para mí, encierra más sentido común el fetiche del negro bozal, que el evasivo y desconsolador “quién sabe” del pirrónico. El cristianismo hace imposible que aparezca otra vez la víctima humana. Dios aparta indignado los ojos de la sangre, y ya fue redimida la humanidad por el cruento sacrificio del calvario”. (10)

Las ceremonias sangrientas, y la representación poco artística de los dioses, hizo pensar a los misioneros que los indios estaban en poder del demonio. La confusión aumentó, cuando encontraron que muchas de las prácticas, rituales y culto en general tenían cierta semejanza con las cristianas; más aún, la cruz vertida profundamente, dio origen a la polémica: el diablo remedaba las instituciones cristianas para perder las almas de los idólatras; o los indios, antes de la llegada de los castellanos habían tenido contacto con el Viejo Continente, y entonces habían sido iniciados en la evangelización, olvidando y confundiendo lamentablemente, los preceptos. La clave del dilema fue Quetzalcóatl.

Quetzalcóatl, dios blanco y barbado, traedor de las ciencias y de las doctrinas de amor y pureza, despreciador de los vicios, y enemigo de los sacrificios humanos. Quetzalcóatl podía ser Santo Tomás, el apóstol perdido en la historia. Didimo era el cristiano, gemelo también, el predicador en América.

Pero Santo Tomás existió en el primer siglo de la Iglesia, en tanto que Quetzalcóatl en el X. El otro Santo Tomás, obispo de Meliapor y del siglo VI, murió en la India, sin que conste jamás su venida a América.

Orozco y Berra supone que Quetzalcóatl fue un misionero islandés. "Se nos dirá que esto no pasa de una suposición; concedemos. Pero el supuesto presenta tanta congruencia en su abono, que no parecerá desacabellado admitirle ni defenderle". (11) El tiempo de los descubrimientos de los escandinavos, coincide con la época en que el gran legislador se presentó en Tollan. Los extranjeros arribaron a nuestro país por la parte del Pánuco, es decir, por las costas orientales frecuentadas entonces por los navegantes islandeses. Expedición casual o voluntaria, es evidente que los forasteros llegaron internándose, bien deliberadamente, bien imposibilitados para seguir el viaje. Eran blancos y barbados como son los de su raza, y eran cristianos. El jefe tenía carácter sacerdotal, su vida era casta y abstinentes. Predicaba el amor a la paz, el culto a la cruz. Perfeccionaron las ciencias y las artes; dieron reglas para el cultivo de la tierra, para labrar los metales, pulir las piedras preciosas, y corrigieron el calendario.

La reacción idólatra representada por Tezcatlipoca venció el nuevo culto, y como no prevaleció en Tollan, los dogmas católicos no se pudieron conservar en toda su pureza, se fueron desnaturalizando mezclados con sus creencias y adaptándolos a sus costumbres.

"Arrojado Quetzalcóatl de Tollan, bien que él mismo amenazara con que vendrían en su defensa los hombres de su raza; bien que sus parciales lo prometieron como cosa segura, bien que fuera inducción del pueblo, esperando que si aquellos extranjeros habían venido por Oriente, otros podrían presentarse por el mismo rumbo; lo cierto es que quedó firmemente acreditada la profecía, de que los hombres blancos y barbados se presentarían por donde nace el sol. El hecho nada tiene de sobrenatural". (12)

Pero si no conservaron puras las enseñanzas cristianas, sí su fanatismo religioso hizo, que la vuelta de Quetzalcóatl tuviera siempre inseguro el trono del gran imperio.

Las ideas predominantes eran, el respeto a sus dioses, el cumplimiento exagerado del culto; la confusión entre las supersticiones más absurdas y las máximas morales excelentes. Desconfiaban de los triunfos y placeres de esta vida, porque la sabían transitoria y más bien llena de sufrimientos y penalidades, y los ensombrecía el pensar en una existencia futura, pues ahí encontrarían los castigos reservados a quienes no cumplen con sus obligaciones.

NOTAS AL CAPITULO "LA CIVILIZACION ANTIGUA"

- (1) *Hist. Ant. y de la Conq. T. I Pág. 313*
- (2) *Ibid. Pág. 3*
- (3) *Ibid. 266 T. II*
- (4) *Ibid. 24*
- (5) *Ibid. 330*
- (6) *Ibid. 34*
- (7) *Ibid. 111*
- (8) *Ibid. 117*
- (9) *Ibid. 165*
- (10) *Ibid. 164*
- (11) *Ibid. Tomo I. Pág. 86*
- (12) *Ibid. Pág. 83*

COLOFON

COLOFON

La vida de Orozco y Berra estuvo llena de vicisitudes y ello se va a dejar sentir en su obra. Como liberal, se enfrentó a la realidad mexicana y trató de ayudar al grupo Juarista a resolver los más urgentes problemas de la nación. La dificultad más grande era la falta de nacionalidad, y las enormes masas indígenas que estaban totalmente apartadas de la vida y la civilización del país.

El grupo mestizo trataba de suplantar los residuos criollos, en el mando del gobierno, así como implantar las nuevas ideas liberales que para ellos significaban la verdad absoluta. Su misión dentro del país era redencionista. Orozco y Berra no tenía la vocación necesaria para intervenir en el grupo militar o político determinante: Hombre de estudio, quiso culturalmente encontrar la solución. Comprendió que en su presente faltaban los nexos indispensables para dar la unidad que la "patria necesitaba, y buscó en la historia dónde se había iniciado la crisis, y si hallando la coyuntura, podía hacerse la reintegración popular necesaria.

La conquista va a ser el punto más importante para él. Reconoce los bienes civilizadores y religiosos que trajo, pero se duele de que los indios no hayan quedado en mejores condiciones. Al poner en contacto a los dos pueblos, indígena y español, los considera en iguales condiciones por lo que a valor y audacia militar se refiere, pero débiles por sus armas y conocimientos estratégicos, a los mexica. Es decir, ellos no fueron culpables de ser conquistados. No lo pudieron evitar.

El único que mancha el cuadro de valentía, es Moctezuma; pero aún él es exculpado, porque el fanatismo religioso lo hizo estúpido, creyendo en la mayor parte, del tiempo, que luchaba contra dioses y su fatalismo le predecía la derrota. Hiciera lo que hiciera sería vencido, y prefirió no hacer nada más que llorar su destino. Es el personaje trágico. El que re-

presenta en el drama del encuentro de las dos razas, todas las creencias, supercherías, atraso cultural, de los pueblos nahoas.

Cuauhtémoc levanta la honra. Por su juventud representa a las generaciones nuevas, las que se dejan engañar por los teules, las que no pueden sobrevivir a la derrota porque la consideran humillante: "Toma este puñal y mátame". Pero es necesario que sobrevivan, porque la lucha aún no ha terminado. Faltaba la que inspira la codicia, y es en ella donde el monarca joven alcanza el heroísmo bajo las llamas del brasero y después, en su injusta muerte. No está sólo en el holocausto, Xicoténcatl, Cacama, Cuitláhuac, representando a sus respectivos pueblos, caen bajo el invasor que no es dios, sino hombre como ellos.

Cortés es al mismo tiempo el representante de la fuerza, audacia, cultura superior del otro continente. Hermana la cruzada religiosa de que se siente portador, con el afán de poderío, riqueza, que tienen sus mismos soberanos. Es hombre por sus bajas pasiones, pero en la lucha se comporta como semidiós, como héroe. Ninguno de sus capitanes lo asemeja. Se eleva la figura de Cortés junto a todos ellos; la antítesis en la política, es el torpe Narváez, el anverso de su prudencia es el sangriento Alvarado.

Malinche es la intrigante. La que por haber sido rebajada a la esclavitud no podía sentirse unida a la patria mexicana. No la salva Orozco y Berra por su amor al conquistador, sino más bien piensa que se aprovechó de sus relaciones con él, para vengarse del poderío mexica. Salida en la hora de la conquista, de las más bajas castas, se ensoberbece creyéndose más importante que todos, porque los hechos dependen de lo que ella diga, de la forma en que traduzca. El historiador piensa que nunca fue buena intérprete, sino que abusó de su condición de mediadora y fue una de las responsables de los actos crueles de los blancos sobre todo de la matanza de Cholula.

Ixtlixóchitl es el servil, el infame. Su conducta es siempre humillante. Se arrastró a los pies del conquistador. Es la vergüenza de la raza. Los tlaxcaltecas se aliaron a los blancos, iniciando el poderoso grupo de los "traidores", de los "bastardos", porque su odio hacia los mexica, y su impotencia de vencerlos ellos solos en buena lid, les hicieron unirse al invasor sin considerar que perdían más con un soberano desconocido, que en la situación que estaban.

La conquista es una epopeya. La conquista es la hora trágica de la historia. El pueblo azteca había llegado hasta la cumbre y debía caer, porque esa es la ley natural. "De los carrizales del lago salía, y volvía a los mismos casas encenegadas". No fue un pueblo de bárbaros el destruido, su ciudad

era hermosa y de grandes adelantos, pero los conocimientos que encerraban se perdieron como el oro, por la acción destructiva de la guerra. La conquista fue provechosa, porque trajo la verdadera religión y las relaciones con el Viejo Continente que mucho debían enseñar a los pueblos americanos.

La conquista no dió las respuestas esperadas, sino una nueva pregunta: ¿durante el tiempo que estuvieron los españoles, cumplieron con su misión evangélica y civilizadora? El estudio de la Dominación Española demuestra que no hubo tal misión, existió el intento, pero los intereses y las bajas pasiones se interpusieron. El indígena era el que debía ser llevado hasta la cultura española, pero se llegó al grado de negarle la nacionalidad.

La que había iniciado el descubrimiento, conquista y dominación de estas tierras era España, la Madre Patria del otro lado del océano, pero sus leyes sabias y sus cuidados no pudieron dar fruto, porque la otra España, la que se encontraba dentro de América, explotando, asesinando, abusaba de la distancia para no cumplir las disposiciones de los monarcas.

Los primeros misioneros hicieron real la cruzada religiosa, pero después ya no se tuvo el cuidado suficiente, de que llegaran a los naturales las verdades evangélicas.

La religión sirvió como medio de explotación y los indios tuvieron que soportar la servidumbre obligada a laicos y religiosos. En balde fueron los intentos de la metrópoli para salvarlos. Cada nueva organización fracasaba por que el mal no se trataba, ni podía ser cortado.

El celo religioso y el temor real, hicieron que quedaran prohibidas para la colonia las nuevas ideas, tanto filosóficas como científicas, impidiendo el avance intelectual aún del pequeño grupo que recibía instrucción, pues la cultura no llegaba al pueblo bajo. Los indígenas no resentían gran cosa, estaban acostumbrados a obedecer al amo desde los tiempos de sus señores naturales, y a que cada acto de su vida estuviera regido por la religión, misteriosa, incomprensible, como la de sus mayores. Actuaron como era lo más lógico, aceptando junto con sus antiguos dioses al dios de los blancos, y esperaron pasivos, que su suerte cambiara. Así se alejaron de la actividad de conjunto, se encerraron en los recuerdos de sus supercherías, y se aislaron cada vez más de la vida y civilización nacional. Las dos razas que se habían encontrado no llegaron a fundirse, sino que se odiaron y se despreciaron mutuamente, haciendo un enorme abismo entre ambas.

¿Valía la pena que el indio se hubiera unido al blanco para hacer una sola raza?, ¿qué valor se poseía? Orozco y

Berra traspuso las barreras del tiempo, para estudiar ahora a las culturas antiguas.

Se condele de que falten elementos para poder llegar hasta ellas. Como católico necesita la teoría de que el hombre pasó de Asia hacia América porque no puede aceptar la generación espontánea americana. Pero después de llegado el hombre a estas tierras, se rompen los pasos naturales, y como no puede ya recibir más influencias, la civilización que crea es original, indígena.

No está de acuerdo con los historiadores que tratan de encuadrar la cosmogonía india con la Biblia, ni tampoco con aquellos que rechazan estas ideas porque las creen absurdas "es que no las entienden", dice "y para evitar tener que señalar su ignorancia, las desprecian". En ciencias y artes no llegaron a igualar a las culturas europeas, con excepción del calendario que tiene enormes semejanzas con el juliano. El enigma de Quetzalcóatl lo resuelve como un misionero islandés, y esto responde también al conflicto de que los indios hayan tenido prácticas e ideas muy semejantes a las cristianas.

La religión de los indios es ascética, les exige abnegación, virtudes, desprecio al sufrimiento y a la muerte; pero los lleva a la guerra y al sacrificio humano que se complica con el delito de antropofagia. No es canibalismo, defiende Orozco y Berra, es Comunión, porque el cuerpo de la víctima ha recibido a dios en el holocausto. Pero de todos modos, "prefiero a la víctima humana que a la ausencia de Dios en el sistema del ateo".

La conclusión de sus estudios va a ser para nosotros, trazar la historia de México en parangón con la europea: Los tiempos clásicos, las culturas indias; ricas sin duda en civilización, pero cuya huella se pierde en el misterio, porque una época de devastación destruyó la mayor parte de sus noticias; la dominación española es casi la edad intermedia, de oscurantismo religioso, culpable de que haya resultado un pueblo atento a las demostraciones externas de la religión, fanático en ellas, pero que no se cuida de llevar a cabo las máximas morales, los principios que encierra. Es un tiempo de receso; donde códices, manuscritos, nuevas relaciones, se guardan porque son contrarias a las ideas de la época; era de viajes, empresas y conquistas; de la inquisición. Intermedia, porque está preparando una nueva época, la de la libertad, pero donde se tiene que luchar en un principio, con las viejas ideas y la integración territorial y espiritual del pueblo. Es la época de la nacionalidad.

Su historia tiene el valor de haber sido realizada después de una seria investigación. Tratando de avalorar todos y cada uno de los datos recabados, pues no se trata de hacer una

recopilación de hechos, sino de transmitir una verdad. Esto lo hace ser juez de escritores antiguos y contemporáneos a él. A los primeros los enmienda en muchas ocasiones, como a Clavijero, aunque excusándose porque "no se les puede pedir que se adelantaran a los descubrimientos y posibilidades de su tiempo". A otros, los acusa de mentir deliberadamente, para defender sus intereses como Cortés e Ixtlixóchitl. A Prescott le señala que falta a la verdad, por "odio de raza". A Bernal Díaz del Castillo le admira su crónica por "sabrosa y nunca bien ponderada", pero a veces le desconfía "porque citaba por recuerdos". Gómara es tachado de criado de Cortés, escribió con servilismo "sólo lo que el mismo Cortés le dijo y componía muchas cosas en favor de él, que cierto, no son verdad". De Alamán se duele "verdaderamente al encontrar tan absurdas argumentaciones en tan hábil escritor, y tanto más, cuanto sus reflexiones van enderezadas a llevar al lector a consecuencias tácitas que no son veraces". A Las Casas le llama "el verídico", el de "santa memoria", "satisface más a la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores". Y acusa a los escritores de la conquista de México, de que "han olvidado o parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia a los hechos y dichos de los blancos". Insiste siempre, en que la posteridad le da la razón tan sólo a los vencedores.

BIBLIOGRAFIA DE DON MANUEL OROZCO Y BERRA

Oración Cívica, Imprenta de Juan N. Valle, Puebla, 1845.

Discursos Oficiales, Puebla, septiembre 16 de 1846 y de 1847.

Noticia histórica de la Conjuración del Marqués del Valle, años 1565-1568. Formada en vista de nuevos documentos originales y seguida de un extracto de los mismos documentos. Tipografía de R. Rafael, México, 1853.

"A mi madre" (Poema), **Guirnalda Poética**. Selecta colección de poesías mexicanas, publicadas por Juan R. Navarro, México, 1853.

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Se encuentran muchos artículos de Orozco y Berra en esta obra, siendo los principales todos los que a la Geografía de México se refieren, y los que llevan el título "Ciudad de México", "Itinerario del ejército español de México"; "Moneda en México", "Don Miguel Hidalgo y Costilla", "D. José María Morelos y Pavón", y otros. México, 1853-1855. 7 vols.

Documentos para la Historia de México, 1a. serie. Imprenta Juan R. Navarro, México. 1853-1854. 7 vols. 2a. Serie. Imprenta de Federico Escalante y Cia., México, 1854-1855. 5 vols. 3a. Serie. Imprenta Vicente García Torres, México, 1856. 1 vol. 4a. Serie. Imprenta Vicente García Torres, México, 1856-1857. 7 vols.

Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Coordinó y compuso estos volúmenes, con materiales originales o impresos que logró reunir. México, 1855-1856. 3 vols. Reimpreso como apéndice a la **Sumaria Relación de las Cosas de Nueva España**, por Baltasar Dorantes de Carranza. Imprenta del Museo Nacional de México. México 1902. Y por la Editorial Pedro Robredo. México, 1938.

Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana. (En colaboración con Manuel Siliceo) Imprenta de Vicente García Torres, México, 1857. De esta Memoria se hizo edición separada de los siguientes estudios: **Carta Etnográfica**, **Divisiones**

Eclesiásticas, Informe sobre la acuñación de las Casas de Moneda de la República, Población de la República Mexicana.

México y sus alrededores, Colección de estampas fotográficas, por Charny, cuyo texto explicativo, que forman varios artículos, se deben a Orozco y Berra. (s. f.)

“Observaciones a las notas que el señor licenciado don Hilario Romero Gil puso en su memoria sobre los descubrimientos que los españoles hicieron en la Nueva Galicia en el siglo XVI” **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 1a. época, t. VIII (México, 1860), pp. 641-645.

Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México. Precedida de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1864.

Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México. (Con varios planos). Imprenta de A. Boix, a cargo de Miguel Zornoza, México, 1864. (Reimpresa en el **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**).

“Carta dirigida por el Subsecretario de Fomento a S. E. el Ministro de Instrucción Pública en París”, **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 1a. época, t. XI (México, 1865), pp. 151-154.

Memoria presentada a S. Majestad el Emperador por el Ministro de Fomento, Luis Robles Pezuela, de los trabajos ejecutados en su ramo el año de 1865, México, 1866.

Alturas sobre el nivel del mar o altitud de varios puntos del imperio Mexicano, (Formado en unión de los ingenieros Francisco Martínez de Chavero y Francisco Jiménez). Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1866. (Sobretiro de la Memoria de Robles Pezuela).

Posiciones geográficas de varios puntos del Imperio Mexicano. Colectadas por Orozco y Berra en unión de los ingenieros Francisco Martínez de Chavero y Francisco Jiménez). Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1866. (Sobretiro de la Memoria de Robles Pezuela).

Memoria para el plano de la Ciudad de México. Formada por orden del Ministro de Fomento. Imprenta de Santiago White, México. 1867.

“Dictámenes de la Comisión para la formación de la carta general de la República”. (En unión de Francisco Jiménez y Alfredo Chavero). **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 2a. época, vol. III (México, 1871).

Materiales para una carta geográfica mexicana, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1871.

“Dictamen presentado a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística por la mayoría de la comisión nombrada para estudiar la cuestión relativa al desagüe del Valle de México”. (En unión

- de Santiago Ramírez, O. N. Cuatápara y Vicente E. Manero). **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, 3a. época, t. II (México 1875).
- "Historia de la Geografía en México", **La Enseñanza**, t. I (México, Imprenta Nabor Chávez, 1876). Reimpresa por la Secretaría de Fomento en un volumen, en 1880. Y en la **Revista Científica Mexicana**, 1880.
- "El Cuauxicalli de Tizoc", **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, 1a. época, t. I (México 1877), pp. 3-39.
- "Dedicación del Templo Mayor de México", **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, 1a. época, t. I (México, 1877), pp. 60-74.
- "Doctrinas en jeroglíficos", **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, 1a. época, t. I (México, 1877), pp. 202-216.
- "Códice Mendocino, Ensayos de descifración jeroglífica", **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, 1a. época, t. I (México, 1877), pp. 120-186, 242-270 y 289-339, t. II (México, 1882), pp. 47-82, 126-130 y 216-232.
- "Ojeada sobre la cronología Mexicana", **Crónica Mexicana**, por Hernando Alvarado Tezozómoc. Anotada por Manuel Orozco y Berra, y precedida del **Códice Ramírez**, manuscrito del siglo XVI titulado: "Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según su historia", y de un examen de ambas obras al cual va anexo un estudio de cronología mexicana, por Manuel Orozco y Berra. José Ma. Vigil, Editor, México, 1878.
- "Calendrier Mexicain", **Congres International des Américanistes. Compte Rendu de la Troisième Session: Bruxelles, 23-26 septembre 1879**, T. II (Bruxelles, Merzbach et Falk, Editours, s. f.), pp. 625-708.
- Historia Antigua y de la Conquista de México**, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, México, 1880. 4 vols. y Atlas. Hay una 2a. edición en la que se han introducido arbitrariamente no pocas modificaciones, publicada con el título de **Historia Antigua y de las culturas aborígenes de México**, Ediciones Fuente Cultural, México, 1954. 2 vols.
- Apuntes para la Historia de la Geografía de México**, Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1881.
- "El Tonalámatl", **Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología**, 1a. época, t. IV (México, 1879), pp. 30-44.
- Historia de la dominación española en México**, Imprenta "La Europea", J. Aguilar Vera y Cía., México, 1906. Hay una edición de la Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, México, 1938.
- "Los comerciantes aztecas", **Divulgación Histórica**, vol. II, núm. 3 (México, 1941), pp. 107-110.

"Exequias de los mexicanos", *Divulgación Histórica*, vol. III, núm. 5, (México, 1942).

"Tlacopan y Texcoco", *Divulgación Histórica*, vol. IV, núm. 10 (México, 1943).

Algunas nociones de cronología mexicana. Varios escritos sueltos y algunas notas de carácter histórico. Inéditos. Se hallan en poder de la señorita Victoria Orozco y Berra.

BIBLIOGRAFIA SOBRE DON MANUEL OROZCO Y BERRA

CARREÑO, Alberto María, "Manuel Orozco y Berra", en *La Academia Mexicana correspondiente de la Española (875-1945)*. México, 1945).

"Bibliografía de Orozco y Berra, Manuel", en *La obra personal de los miembros de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española*, México, 1946.

FERNANDEZ, Justino, "Orozco y el arte indígena" en *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, U. N. A. M., México, 1945.

GARCIA, Rugén, *Biografía, Bibliografía e Iconografía de don Manuel Orozco y Berra*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1933.

GARCIA CUBAS, Antonio, "Orozco y Berra", *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, t. IV (México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890).

GARIBAY K, Angel Ma. "Estudio Previo", a la *Historia Antigua y de la Conquista de México*, de Manuel Orozco y Berra, t. I (Editorial Porrúa, México, 1960).

LEON-PORTILLA, Miguel, "Orozco y Berra, investigador del pensamiento náhuatl", en *La Filosofía Náhuatl, estudiada en sus fuentes*, 2a. edición, Seminario de Cultura Náhuatl, Instituto de Historia, U. N. A. M., 1959.

MARQUEZ MONTIEL, Joaquín, "Manuel Orozco y Berra", *Hombres célebres de Puebla* t. II (México, Editorial Jus, 1955).

MARTINEZ CEBALLOS, Eva, "D. Manuel Orozco y Berra" *Revista de Revistas*, núm. 1084 (México, 8 de febrero de 1931).

NAVARRO, Enrique, "Introducción", a la *Historia Antigua y de las Culturas Aborígenes de México*, de Manuel Orozco y Berra, t. I (México, Ediciones Fuente Cultural, 1954)

- O'GORMAN, Edmundo, "La Dominación Española, de Orozco y Berra" en **Letras de México**, Vol. II No. 1, enero de 1939.
- RICO GONZALEZ, Victor, "Orozco y Berra", **Hacia un concepto de la Conquista de México** (México, Instituto de Historia, U.N.A.M., 1953).
- RIVERA CAMBAS, Manuel "Orozco y Berra", en **Atlas y Catecismo de Geografía y Estadística** (México, 1874).
- SOSA, Francisco, "Orozco y Berra, Manuel", **Biografías de Mexicanos Distinguidos** (México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884).
- SOTO, Jesús, S., "Divagaciones sobre la Biografía y algo de explicación de la de Orozco y Berra", **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**, Vol. 44, núms. 11 y 12, México, 1934.
- VIGIL José Ma.; Galindo y Villa, Jesús; Valle, Eduardo del, y otros. Solemnidad dedicada al Sr. Lic. e Ing. D. Manuel Orozco y Berra" en **Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística**. 4a. época, t. II (México, 1890).
- VILLORO, Luis, "Manuel Orozco y Berra", **Los grandes momentos del indigenismo en México**, (México, El Colegio de México, 1950).

†